

Villa Crespo

SEGUIRÁ SIENDO BARRIO





Cine Villa Crespo, 1930.

Villa Crespo

SEGUIRÁ SIENDO BARRIO

RUMBO**SUR**



Barrio de encuentro

Qué increíblemente simple poder explicar el surgimiento de un barrio gracias a la fortaleza transformadora del trabajo. Unas quintas, varias casitas, un par de almacenes y talleres... Y después, la llegada de una fábrica, y arrimaron cientos de inmigrantes deseosos de ponerse manos a la obra, y los conventillos, y más comercios... Y por fin se lotea. Llegan libaneses, armenios, judíos. Comercios, transportes, bares, clubes y bibliotecas.

Qué increíblemente rico y complejo el entramado de Villa Crespo. Crisol de razas y de credos. Fervor de ideas y de encuentro. Cuna de músicos, artistas, escritores, intelectuales y obreros. En su diversidad está el secreto. Villa Crespo fue y será un barrio siempre despierto. Ayer y hoy, lleno de bares, gastronomía, espacios culturales, teatros y librerías.

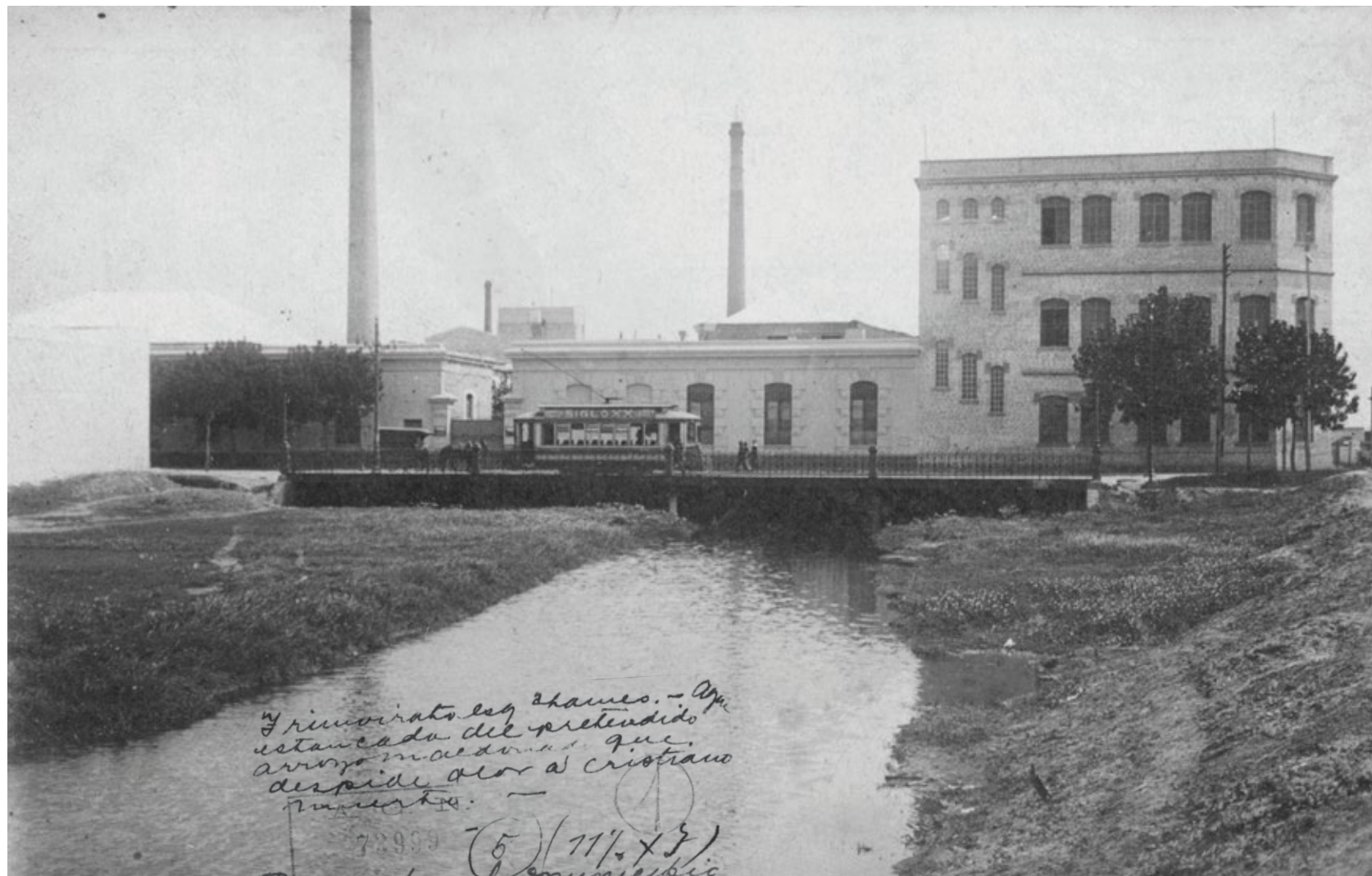
Un barrio son miles de historias, entrelazadas en un mismo espacio, en sucesivas capas de tiempo. Bailes en los clubes, orquestas y carnavales y hasta una República de Villa Crespo. Inundaciones y políticas que arrasan. Talleres, fábricas, comercios, cines que abren o cierran. Mucha vida compartida inevitablemente deja su huella. La identidad del barrio ya está impregnada en su geografía y en el espíritu de su gente.

La vida ha cambiado, está claro. Cada generación adulta parece anhelar su pasado, despotricando contra las variables del presente. Sin embargo, ese recuerdo oralizado, difícilmente hable de riqueza —todos valoran el trabajo—; aparece lo lúdico, la alegría, los amigos, la calle y el espíritu solidario. No es otra cosa que el encuentro, el valor de lo exclusivamente humano. La memoria puede ser dulce nostalgia o muy filosa e interpelarnos.

Un pequeño racconto de testimonios. Nacidos, criados, mudados o recién llegados. Compartimos la palabra, que podría ser la de cualquiera de nosotros. Esa pequeña parte, única y diversa, llamada vecino, de un todo muy potente: el barrio. Todos savia de ese frondoso y sabio árbol que es Villa Crespo.

Seguirá siendo barrio.

ASOCIACIÓN CIVIL RUMBO SUR



Triunvirato (hoy Corrientes) esquina Thames. Enero de 1909. AGN.

Crisol de culturas

Barrio de artistas, obreros y comerciantes. Barrio milonguero y de merodeadores de cafés. Barrio de conventillos con mil historias y cuna del club Atlanta. El origen de Villa Crespo siempre ha estado asociado en el imaginario porteño con historias de poetas, sainetes criollos, fútbol y orquestas de tango. Es así como se pueden rastrear diversas escenas pintorescas y dramas oscuros en narraciones que tienen como escenario sus ajetreados conventillos, antiguas calles de tierra, salones de baile y clubes sociales. Estos personajes barriales, algo fabuladores y andariegos, de una Villa Crespo de antaño y más arrabalera, están muy bien retratados en obras como el relato “Canning y Rivera”, de Roberto Arlt, y en la novela clásica de la literatura nacional *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, quien fuera ilustre habitante del barrio.

Otro rasgo identitario de los orígenes de este barrio se encuentra en las orillas del arroyo Maldonado, cuando su cauce todavía corría a cielo abierto; primero por una zona de descampados y quintas, “cuando Villa Crespo era una pampita” y, después, a finales del siglo XIX, por el barrio incipiente que había empezado a surgir en sus alrededores. “Agua-fuerte brutal de mi barriada, hablar de Villa Crespo y no nombrarte es tirar las palabras a una zanja”, dice el villacrespense Celedonio Flores en uno de los tantos tangos que enaltecen el barrio de los “bohemos”, mote que adquirieron con orgullo sus habitantes y la hinchada del Club Atlético Atlanta.

Pero, más allá de esta construcción algo mítica y nostálgica, asociada con el crisol de culturas que la caracterizaron en sus inicios, la historia de Villa Crespo está fuertemente vinculada al trabajo obrero en fábricas, curtiembres y talleres metalúrgicos, así como a la cultura judía y al crecimiento expansivo de la Ciudad de Buenos Aires hacia la zona oeste durante el último siglo, que trajo una fuerte actividad comercial y cultural.

Según varios testimonios —recogidos en el libro *El barrio de Villa Crespo*, de Diego A. del Pino—, antes de que el barrio empezara a tomar forma y a poblarse, allá por 1880, esta parte de la zona oeste de la ciudad era un territorio bastante agreste. Su paisaje estaba conformado por potreros, caminos polvorientos, baldíos y zanjones. Había algunas quintas delimitadas por alambrados, que pertenecían a las familias Comastri, Du-



El popular sainetero Alberto Vaccarezza en la morada del Ministro Inglés, primera casa de Villa Crespo. AGN.

fur, Malcolm, Balcarce, Nazar, Gallardo y Alsina, entre otras. Como describe Diego del Pino:

“La calma era interrumpida por la corneta del conductor de los ‘tramways’ de ‘La Rural’, que luego fueron los famosos ‘Lacroze’. En esta esquina se veía el almacén de Tachela, con argollas de hierro donde se sujetaban los caballos de vecinos y viandantes. Dice Llanes que allí se reunían los lecheros a caballo y que, durante la época de Rosas, en aquel lugar de descanso y conocido paradero se detenían muchas veces los soldados y los boyeros o carreteros”¹.

Se podría decir que la piedra fundacional de Villa Crespo la puso Salvador Benedit el 3 de junio de 1888 cuando inauguró la Fábrica Nacional de Calzado, aunque cabe mencionar que antes ya funcionaban un par de almacenes y algún taller en la zona. Este hombre visionario es considerado el padre espiritual del barrio; fue un líder de la comunidad que dio impulso a varias instituciones barriales. Los terrenos de la fábrica (alrededor de 10 manzanas compradas con capital británico) estaban delimitados por el Camino de Moreno (Warnes), el Camino del Ministro Inglés (Canning, después Scalabrini Ortiz), el Boulevard Corrientes y el cauce del arroyo Maldonado, límite natural de la ciudad (hoy entubado bajo la Avenida Juan B. Justo). También adquirió los terrenos de la manzana de Gurruchaga, Murillo, Acevedo y Padilla.

Fue a partir de ese momento que empezaron a aparecer anuncios de loteos y remates de las tierras aledañas a la fábrica. Un aviso de 1889, por ejemplo, anunciaba el remate de 80 lotes en este lugar.

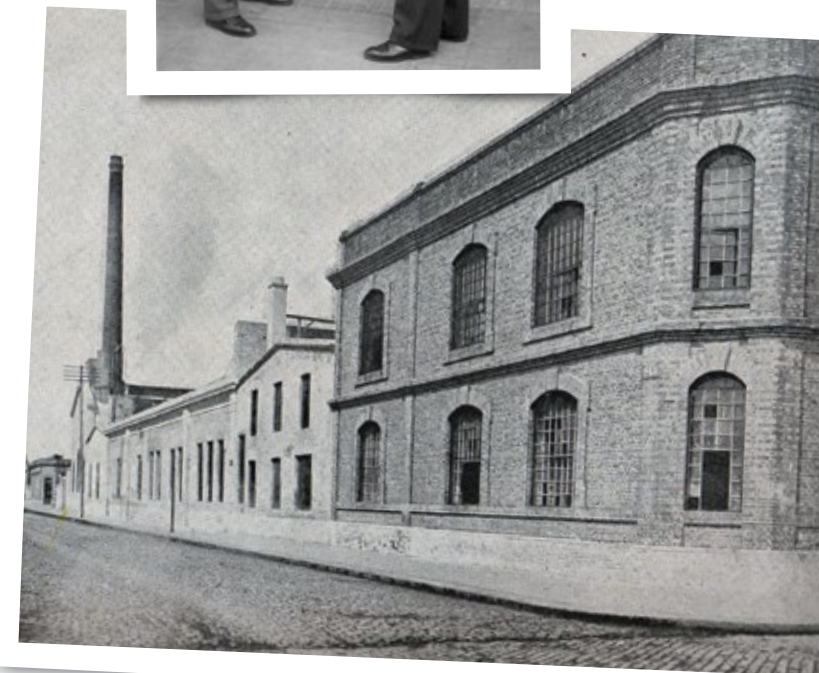
1 DEL PINO, Diego A., *El barrio de Villa Crespo*, Buenos Aires, Cuadernos de Buenos Aires, Municipalidad de Buenos Aires, 1974.

Un año después, otro anuncio decía: “Barrio que tiene vida propia y ya formado, con adoquinado, tramway, y gas con frente a Corrientes y sobre todo en el Centro de Establecimientos fabriles importantes (...) donde trabajan más de 3000 operarios diarios”².

Este hecho alentó a que cientos de obreros de distintas nacionalidades (inmigrantes judíos, árabes, italianos y españoles) encontraran una fuente de trabajo en el lugar y se fueran a vivir a las casas y a los grandes conventillos que se empezaron a levantar en la zona. Los edificios se construían con ladrillos proporcionados por la misma Fábrica de Calzado, sacados de los hornos que funcionaban en las orillas del Maldonado. El arroyo fue uno de los factores geográficos que atrajo la apertura de fábricas en la zona, ya que su cauce era visto como un vertedero de desechos industriales. “Villa Crespo olía feo”, dicen algunas crónicas de la época.

Según estimaciones de la municipalidad, para 1890 en el barrio ya habitaban 4193 personas y se contabilizaban 143 edificios, lo cual refleja el rápido crecimiento y la transformación a partir de la apertura de las primeras industrias. Una de las viviendas más famosas que se levantaron en esos años fue el conventillo de La Paloma, que estaba en Serrano al 156 y que, en la actualidad, todavía mantiene parte de su construcción original. Tenía 112 habitaciones y solo 2 baños para 400 habitantes. El lugar es origen de numerosas historias e inspiró un sainete festivo escrito por el dramaturgo villacrespense Alberto Vaccarezza. El historiador Ricardo Feierstein detalla aún más el ambiente: “Esas casas de inquilinato que congregaban a in-

2 DEL PINO, Diego A., *El barrio de Villa Crespo*, Buenos Aires, Cuadernos de Buenos Aires, Municipalidad de Buenos Aires, 1974.



migrantes de distintas procedencias generaron en las primeras décadas del siglo un ambiente familiar y mestizado, donde el aroma de comidas de distinta procedencia flotaba sobre una mezcla de ropas, costumbres y hasta idiomas diversos”³.

La apertura de la Fábrica de Calzado impulsó la instalación de otras industrias y negocios en el barrio. También se construyó una plaza pública frente a la fábrica, donde tocaba una banda de música que alegraba los domingos. En 1893 se inauguró la Curtiembre La Federal, aunque bajo el nombre Establecimiento Villa Crespo, que estaba relacionada con la empresa belga Wittine Go. Esta empresa después fue vendida a una firma suiza y se empezó a llamar Curtiembre Villa Crespo. Estuvo en el barrio hasta 1991, año en que sus terrenos fueron finalmente vendidos a una constructora y en el lugar se levantaron unas torres habitacionales. Cerca de allí se instaló la fábrica textil Dell’Acqua, que al principio funcionó en Corrientes y Thames. Sin embargo, después de un incendio se trasladó a un edificio en Darwin y Loyola, construido en 1906, que todavía se mantiene en pie (ahora está reciclado y transformado en residencias y estudios de artistas). Esta fábrica perteneció a la sociedad italiana y llegó a tener 1400 empleados. A pocos metros de ahí, sobre la calle Serrano, abrieron en 1896 los Talleres Metalúrgicos Máspero Hnos. En 1908, en la calle Drago al 400, se inaugura la primera Caja Mercantil, que dio origen a la banca cooperativa. También se instaló en el barrio la Fábrica de Cigarrillos Trillo, que después pasó a llamarse Dólar.

3 FEIERSTEIN, Ricardo, Historia de los judíos argentinos, Buenos Aires, Galerna, 2006.



Tareas de entubamiento del Arroyo Maldonado. 1929. AGN

Los rematadores de los terrenos, que se encontraban alrededor de la Fábrica de Calzado, fueron los primeros en llamar al nuevo poblado “Villa Crespo”, en honor al segundo intendente de Buenos Aires, el Dr. Antonio Crespo. Otras versiones señalan que el nombre hace alusión a San Crispín, santo patrono de los zapateros. Durante un tiempo, algunos pobladores llamaban al barrio “San Bernardo” debido a la iglesia parroquial que se construyó en 1896, a pesar de que ya funcionaba como domicilio electoral desde 1894. La iglesia, situada en la calle Gurruchaga al 171, es una de las construcciones más antiguas del barrio que sigue en pie.

La iniciativa para construir la parroquia, así como la escuela y la Biblioteca Popular en 1910 (en la actualidad, Biblioteca Popular Alberdi), fue impulsada por Salvador Benedit, quien fue gerente de la fábrica de calzado y, como ya se dijo, había alentado la compra de sus terrenos. Benedit fue presidente de la biblioteca y cofundador del periódico local *El Progreso*, con sede en Malabia y Corrientes. También hizo las gestiones pertinentes para abrir el Registro Civil y el Juzgado de Paz. Benedit, además, fue un político activo, con vínculos con la Unión Cívica Radical. Llegó a ser concejal y después diputado nacional por la Capital entre 1898 y 1904, año en que falleció. Por otro lado, “Gracias a su característica social, Villa Crespo fue un barrio con una gran adscripción a partidos políticos relacionados con el movimiento obrero, como el Partido Comunista, o, más tarde, el Partido Peronista”⁴.

4 REIN, Ranaan, *Los bohemios de Villa Crespo. Judíos y fútbol en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.



Paso a nivel sobre Corrientes. 1935. AGN.

Una obra de gran impacto que significó una importante transformación en el paisaje y el imaginario del barrio fue el entubado del arroyo Maldonado. En 1929, las autoridades de la ciudad decidieron que esa sería la solución “definitiva” a los contratiempos y temores que provocaban entre los vecinos y comerciantes de la zona las constantes inundaciones y los problemas de contaminación asociados a esta corriente de agua, que atravesaba varios barrios de la ciudad. Para este trabajo, a cargo de Obras Sanitarias, se trajo maquinaria del exterior y se emplearon gran cantidad de obreros. Las excavaciones y el relleno del arroyo se extendieron hasta 1939: más de 10 años. Una vez que el arroyo fue entubado y relleno, se construyó encima la avenida Juan B. Justo. A pesar de esto, los problemas de inundación siguieron presentándose durante décadas y fueron un tema de preocupación vecinal constante, ya que, con las precipitaciones, el arroyo se desbordaba en los alrededores de la Juan B. Justo y causaba problemas en los negocios, las casas y el tránsito de la zona.

Según datos de la Junta Histórica del barrio, durante las décadas de los 60 y 70 Villa Crespo sufrió un éxodo de vecinos que, junto a la desaparición de varias de sus entidades, provocó la merma de sus actividades culturales y también afectó al comercio. Como consecuencia, el barrio entró en un estado de abandono de considerable magnitud. La situación se empezó a revertir en las últimas décadas gracias a un nuevo auge cultural y económico en la zona.

Fútbol, tango y raíces judías

El fútbol siempre ha tenido un protagonismo decisivo en la cultura y en la construcción de la identidad de Villa Crespo. El poeta Juan Gelman, vecino del barrio, era hinchita confeso del bohemio. Se dice que, en su casa en México donde vivió exiliado, atesoraba un pedazo de tablón proveniente de la vieja cancha de Atlanta. Haciéndole honor, la biblioteca del club lleva su nombre. Cuando Atlanta lo declaró socio honorario en 2006, Gelman contó un recuerdo especial de sus años de infancia en Villa Crespo: “Canning (ahora Scalabrini Ortiz) era de barro y también hacía esquina con la entonces Triunvirato, hoy Corrientes. En esa esquina vi pasar el entierro de Gardel cuando tenía seis años. Impresionante, la carroza con el ataúd tirada por caballos, coches y coches con coronas, la gente del barrio agregaba las suyas, miles y miles de personas, inolvidable”⁵.

Cabe destacar que Atlanta se fundó el 12 de octubre de 1904, cuando el barrio todavía se estaba formando. Desde entonces, su historia ha estado estrechamente vinculada a la comunidad de Villa Crespo. La lealtad de sus habitantes siempre ha sido un rasgo distintivo del club, sobre todo por parte de la colectividad judía. Ranaan Rein observa lo siguiente: “Atlanta constituye uno de los pocos espacios en los que han interactuado tanto no judíos como judíos, y de estos tanto afiliados como no afiliados, sionistas y no sionistas, askenazíes y sefarditas. De este modo, como con muchos otros clubes de fútbol,

⁵ VEIGA, Gustavo, “El emperrado corazón bohemio del poeta”, reportaje del diario *Página 12*, domingo 19 de enero de 2014.



Formación de Atlanta. 1936. AGN.



El arquero de River Sirne despeja la pelota ante el bohemio Tornaroli. AGN.

Atlanta ha brindado a sus miembros un marcador subcultural de identidad intergeneracional”⁶.

Hay que recordar que la colectividad judía creció y se asentó rápidamente en el barrio desde sus inicios. Según Feierstein, “En el interior de la comunidad, Villa Crespo cumplirá dos funciones diferenciadas: para los judíos rusos, que vienen desde el Once, será una base para relacionarse con el distrito céntrico; para los judíos polacos, recién desembarcados, su rol será similar al que Plaza Lavalle jugara durante décadas antes: un lugar de llegada para afrontar menos duramente el choque cultural e idiomático”⁷. Ranaan Rein, por otra parte, señala que “La presencia judía en el barrio fue muy importante, con participación en todos los marcos sociales y culturales e interactuando, de este modo, con grupos pertenecientes a otras corrientes migratorias y étnicas. Así se creó esta identidad híbrida, tan bien pintada por César Tiempo y su ‘casteídish’. Dicho fenómeno contribuyó a una mejor integración de esta comunidad en la vida social del barrio y el país, y, por lo tanto, dentro de ésta surgieron personajes emblemáticos de la cultura porteña”⁸.

Uno de los miembros más destacados e influyentes de la comunidad judía que vivió en Villa Crespo fue Manuel Gleizer, de origen ruso, que llegó al barrio a inicios del siglo pasado. Abrió una librería en Triunvirato al 537 (hoy Corrientes al 5200) llamada La Cultura. El lugar se convirtió rápidamente en el punto de encuentro de los escritores más destacados de la época. Allí se reunían Arturo Cancela,

6 y 8 REIN, Ranaan, *Los bohemios de Villa Crespo. Judíos y fútbol en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

7 FEIERSTEIN, Ricardo, *Historia de los judíos argentinos*, Bs. As., Galerna, 2006.



Cine Tetro Rivoli. 1930. AGN.

Raúl Scalabrini Ortiz, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, César Tiempo, Leopoldo Lugones, Nicolás Olivari, los hermanos González Tuñón y Samuel Eichelbaum, entre muchos otros. La librería y la casa de Gleizer y su esposa, Manuela Dayenoff, prácticamente se transformaron en una peña cultural.

Gleizer también empezó a editar a muchos de estos escritores y publicó libros que ahora son clásicos de la literatura nacional, como *El idioma de los argentinos*, de Borges; *Molino rojo*, de Jacobo Fijman; *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*, de Macedonio Fernández; *El violín del diablo*, de Raúl González Tuñón; *Los aguiluchos*, de Marechal; *La musa de la mala pata*, de Olivari; y *El hombre que está solo y espera*, de Scalabrini Ortiz, entre otros. Para muchos historiadores, con este emprendimiento editorial Gleizer fue el primero en ocupar la figura de editor en la Argentina y dar impulso a los jóvenes escritores y a las promesas de la literatura nacional.

Por otro lado, para la vida nocturna y cultural porteña, Villa Crespo es sinónimo de tango. Fue la cuna de grandes compositores y reconocidas orquestas, que amenizaban los numerosos salones de baile y cafés del barrio. El tango se desarrolló y difundió en estos locales emblemáticos, como el mítico café ABC, también llamado “la casa del tango”. Asimismo, el salón Peracca y el salón San Jorge eran el punto de encuentro de los poetas y letristas del barrio.

Entre los personajes villacrespenses vinculados al mundo del tango se encuentra Paquita Bernardo, la primera mujer ejecutante de bandoneón, instrumento que en ese momento era exclusivo para hombres. También era del barrio el destacado pianista, compositor y director de orquesta Osvaldo Pugliese, quien además era miembro del



Partido Comunista. En la actualidad, hay una escultura de Pugliese y su orquesta en el corazón de Villa Crespo, cerca de Scalabrini Ortiz y Corrientes. Otra personalidad destacada fue el compositor y productor musical Ben Molar, que se presentaba como “aquel pibe de Villa Crespo que a los diez años ya hacía letras de canciones para murgas carnavalescas”.

La vida cultural de Villa Crespo también se vio beneficiada por la aparición de una gran cantidad de asociaciones y clubes sociales. Entre los más populares se pueden destacar el Salón Villa Crespo, La Nacional (donde se reunían los administradores y obreros de la Fábrica Nacional de Calzado), el Club Social y Deportivo Villa Malcolm y el Club Social y Deportivo Fulgor. También aparecieron asociaciones vinculadas a los grupos sociales y étnicos de las diferentes oleadas de inmigrantes que se asentaron en el barrio: el Club Social Israelita Sefaradí, el Círculo Israelita de Villa Crespo y el Círculo Italiano de Villa Crespo.

En la última década, Villa Crespo ha experimentado un crecimiento comercial vertiginoso a causa de los grandes emprendimientos inmobiliarios, la apertura de un paseo comercial de outlets sobre la calle Aguirre y la proliferación de nuevas tiendas, bares y restaurantes de comida que son más bien característicos de la zona turística del barrio de Palermo.

A pesar de esto, las huellas, los recuerdos y el aura del Villa Crespo de antaño sobreviven en muchas de las calles y los rincones del barrio. Todavía se pueden rastrear sus orígenes en La Parroquia San Bernardo, El café-bar San Bernardo, la farmacia El Águila, el conventillo La Paloma y el edificio de la exfábrica Dell’Acqua (ahora

reciclado en lofts). Frente a la comisaría N° 27 —donde antes estuvo la residencia de Salvador Benedit—, se puede apreciar la escultura “El tambor de Tacuarí”, obra que le había regalado Luis Perlotti al dueño de la casa.

El escudo de Villa Crespo también simboliza y enaltece su historia: un árbol rodeado de pumas a la orilla del arroyo Maldonado; una fábrica y una prenda de cuero, que hacen alusión a la industria que impulsó el desarrollo del barrio; un bandoneón y un clavel rojo, que remiten al tango arrabalero y a la primera mujer bandoneonista del país, Paquita Bernardo, así como al maestro Osvaldo Pugliese; una paloma, que representa al famoso conventillo que cobijó a decenas de inmigrantes de distintas nacionalidades y que inspiró el sainete escrito por Vaccarezza; y nueve soles, que evocan a los vecindarios que componen el barrio. Además de lo anterior, el libro abierto de Marechal *Adán Buenosayres* (que recuerda a las bibliotecas locales) se apoya sobre un entado en punta rojo, símbolo de las luchas sociales del barrio. Las palabras “Convivencia, Integración y Solidaridad” sobresalen por los colores azur y oro del Club Atlético Atlanta, junto a una bordadura con el nombre *Villa Crespo*. Al pie figura el lema “Crisol de culturas”, alusión a la convivencia intercultural. Finalmente, el sol que se asoma en la parte superior representa la pujanza y el crecimiento del barrio.

Como anunciaban aquellos carteles de los remates que se llevaron a cabo a finales del siglo XIX, colocados en los alrededores del Maldonado cuando el arroyo daba una tregua en verano y se escondía entre los tréboles, Villa Crespo sigue ostentando dentro de la vida cultural y social porteña un *¡Terreno de inmejorable porvenir!*

Av. Corrientes (antes Triunvirato) y la vía, 1930. AGN.





Testimonios

Farmacia Antigua del Águila

El abuelo de Arturo compró la farmacia en 1914, pero el local ya funcionaba desde el año 1895. Solía reírse cuando, 30 o 40 años atrás, todo el mundo le preguntaba cuándo pensaba modernizarla, y del mismo modo se se ríe hoy cuando los vecinos le piden por favor que ni se le ocurra tocarla.

“Intentamos seguir siendo un boticario, pero es más difícil. Antes el negocio era del farmacéutico, todo se hacía en la farmacia, hoy el negocio es del laboratorio, y el farmacéutico pasó a ser un simple vendedor. Lo que no ha cambiado tanto es la relación con los vecinos, por lo menos en nuestro local. Había una señora que siempre me decía que tenía que poner un anexo tipo café literario, porque acá los clientes vienen a hablar de muchas otras cosas: fútbol, libros, viaje, de la vida. Y eso fue algo que heredé de mi padre y de mi abuelo. Los domingos que había guardia, mi viejo recibía a sus amigos y me mandaba a comprar pizza para todos. Se llenaba de gente. Las farmacias eran lugares de reunión y el farmacéutico era una persona respetada, estaba ligada al saber, y era uno de los personajes infaltables en todo barrio. Mi abuelo, por ejemplo, fue el ministro de salud pública de la recordada República de Villa Crespo”.

Así como su padre vivió en la casa de atrás del local, Arturo vive hoy en la casa de arriba, y la farmacia es una especie de extensión de su vivienda. Sobre el mostrador uno puede ver libros antiguos y fotos viejas; y una de las vidrieras es una especie de museo antiguo decorada con cámaras de fotos, radios y raquetas de tenis.

“En aquellos años era muy común que la farmacia sea un anexo de la vivienda del boticario, sobre todo por las guardias. El farmacéutico era consultado por todo y casi tenía que estar disponible todo el tiempo. Era un poco como el médico de familia en el barrio. Conocer a la persona y a su familia te genera un vínculo distinto. La gran mayoría de la gente que viene a comprar acá es gente que conocemos desde hace muchos años. En las grandes cadenas de farmacias yo creo que eso se perdió totalmente, o quizás ese vínculo nunca existió.





Marcelo

“Soy rabino desde los 26 años y pertenezco al movimiento conservador que tiene como base la tradición y el cambio. En el mundo judío existen tres grandes corrientes: la ortodoxa, la conservadora y la reformista o liberal. Dentro de Villa Crespo tenemos muchas sinagogas de estas diferentes corrientes en un radio bastante pequeño: el templo de Camargo, que es un templo sefardí de los judíos que venían de España, los famosos ‘turcos’; nuestro templo de Murillo, Dorha, que es un templo askenazí de los judíos de Polonia, los famosos ‘rusos’; un pequeño templo en la calle Serrano, que es de la corriente ortodoxa; y el templo Iona en la calle Acevedo, que es conservador como nosotros. Hay varias escuelas judías donde los chicos estudian la parte obligatoria de enseñanza estatal y a parte judaica. Acá funcionan actividades para todas las edades. Hay talleres de memoria, historia judía, canto, y damos clases de torá, cábala y bailes judíos. A pesar de tener más de 100 años somos una comunidad muy activa y muy pujante dentro del barrio. Para las altas fiestas, por ejemplo, tenemos más de 3000 personas y se cortan las calles. Este es el templo más antiguo del barrio y hoy en día es una de las comunidades más importantes de la ciudad. Tenemos relaciones informales muy buenas con todas las demás comunidades judías y con los otros rabinos y seminaristas del barrio y, también, muy buenos vínculos vecinales con otras instituciones como Atlanta o la parroquia San Bernardo. El mundo se fue globalizando y la comunidad judía no quedó aislada, quizás los judíos de hace 70 años estaban concentrados en la parte más tradicional del barrio, a la que llamaban ‘Villa Kreplaj’. Hoy está todo más mezclado, pero Crespo continúa siendo un barrio muy elegido por las familias judías porque la vida judía es muy importante aquí, con las escuelas, los templos, los clubes que están cerca, y además estás bien ubicado para muchos otros lugares. Hoy Villa Crespo, Palermo y Belgrano son los barrios de mayor crecimiento demográfico de familias judías, pero la gran diferencia es que los templos de Belgrano y Palermo tienen apenas 15 años y los de Villa Crespo tienen 100. Es la tradición mezclada con la modernidad, es seguir manteniendo esa llama judía y ese espíritu en un barrio que se va modernizando”.

Mariel

Mariel llegó al barrio en el año 91, y, según cuenta, era una más de esas parejas jóvenes con hijos en edad escolar que buscaban un barrio mejor conectado y con más accesibilidad para el formato familiar.

“El subte estaba cerca, estábamos muy a mano de todo. Pensábamos en los chicos que estaban entrando en la adolescencia y que iban a querer moverse más por su cuenta. Además, esta casa tenía teléfono, que en esa época no era tan común porque las empresas tardaban siglos en darte línea. Al principio todo ese movimiento que buscamos me impactaba y no me gustaba. Ahora miro atrás y nada que ver: ¡Villa Crespo era tranquilo! Está mucho más lindo. Los comercios, las luces. Antes no era tan encantador. Y a los chicos les pegó justo en su segunda infancia y adolescencia. Se hicieron del barrio. Sus amistades las plantaron acá. Eran de River y se hicieron de Atlanta. Mis hijos no se criaron entre 4 paredes, algo común en la ciudad, estaban todo el día en la calle. Hacían gimnasia y fútbol en Fulgor y Malcom, yo iba a jugar vóley y a bailar rock and roll. Y también iban a la colonia en el Club Villa Crespo, que tenía una pileta increíble. Ahí se aprendía a bucear de lo profunda que era. Era un barrio muy paisano, casi completo de judíos. A mí me preguntaban en la escuela, por ejemplo, si éramos nuevos y judíos, porque se ve que era raro no ser judío y vivir acá. Hoy está mucho más mezclado. Distintas clases sociales, diferentes religiones y razas, gente nueva, gente de toda la vida; es muy plural. Cuando me mudé era un barrio más apagado y más viejo que empezaba a repoblarse. En la actualidad continúa ese proceso, pero con un aporte nuevo de los países latinoamericanos. Venezuela, Colombia, México. Hoy le alquilo habitaciones en casa a dos chicas de Venezuela que vienen a estudiar y a trabajar. Y también tuve viviendo en casa a gente del interior, que, si bien puede ser un fenómeno más antiguo, no ocurría tanto en este barrio. Esa gente se instalaba en otros lugares como Palermo o Recoleta, y ya hace algunos años que Crespo se impuso como destino para ese tipo de personas”.





Biblioteca Popular Alberdi

“Villa Crespo era un pueblo. Con la fundación de la Fábrica Nacional de Calzado y de la Curtiembre Federal, las chacras comenzaron a rodearse de casas de obreros y los vecinos empezaron a pedir la creación de una biblioteca. ‘Denme pan y un libro’, como decía el poeta Miguel Hernández. La biblioteca abre sus puertas en 1910. Funcionaba de noche, post horario laboral. Creada y mantenida íntegramente por los vecinos —de ahí el término ‘Popular’— aún hoy en día continúa siendo así. Trabajamos ad honorem, no somos empleados estatales”.

Eduardo, contador, profesor de historia y actual presidente de la comisión directiva, habla claro y apasionado: “Siempre tuve amor por la historia de los barrios. Llegué en 1990 para dar unas charlas sobre Villa Crespo y fue así como empecé. Este es un barrio de tradición de escritores, poetas, y músicos. Leopoldo Marechal immortalizó el barrio en *Adán Buenosayres* y fue orgullosamente nuestro bibliotecario en el 19.

El vecino de Villa Crespo tiene nivel de lectura y cierto poder adquisitivo para comprar o donar libros. Funcionan en el barrio dos bibliotecas populares: una municipal y una anarquista.

En tiempos de celulares, e-books e internet, la Biblioteca Popular Alberdi sigue siendo visitada. Es un barrio con muchas escuelas, con muchos chicos de edad primaria que la frecuentan. Incluso tenemos una beboteca para los más pequeños. En la adolescencia se interrumpe el vínculo, pero pasados los 25-30 años los jóvenes vuelven a frecuentar el lugar.

Hacia el 30, en las fiestas patrias, la biblioteca era el centro de los festejos. Música, juegos, todo se hacía aquí y en la calle. A partir del 90 se dejó de ganar el espacio público. El barrio fabril quedó atrás y ese obrero fundacional mutó por el profesional o el estudiante, pero en esencia el vecino nunca cambió.



Antigua fachada de la Biblioteca.

La disquería

Ricardo conoce Villa Crespo desde su adolescencia, cuando visitaba la fábrica de camisas que tenía su padre en el barrio. Años después volvió al barrio por otros trabajos hasta que, finalmente, en el año 1964 se instaló con su disquería en el mismo lugar en el que se encuentra todavía hoy: la emblemática galería Galecor.

“Desde hace aproximadamente 20 años que vivo acá, o sea que terminamos adoptando a Villa Crespo como barrio de residencia. Galecor (por Galería Corrientes) fue siempre la más grande y emblemática del barrio. Llegaron a funcionar 4 galerías en Villa Crespo, pero en actividad solo quedó esta. El pico máximo de nuestro rubro fue en la década de los 90, donde llegaron a existir 6 disquerías en el radio de 5 cuadras. Luego fueron desapareciendo todas, solo quedamos nosotros, y creo que es una virtud del barrio que nosotros sigamos vendiendo música. El vecino de Villa Crespo es un vecino ilustrado. La música, la literatura, siempre estuvieron muy arraigadas, y al ser un barrio tan céntrico, su población siempre estuvo en contacto con los cines, los teatros, los museos y los espectáculos musicales. Llega gente a vivir al barrio todo el tiempo, se construye mucho, pero, sin embargo, es un barrio de gente muy arraigada: yo reconozco caras por la calle de hace 40 años atrás. Digamos que la gente que vive aquí es ‘ciudadana’ del barrio, porque no hay que olvidarse de que Villa Crespo es una república. Es un barrio cosmopolita, poblado por inmigrantes y ahora por hijos de inmigrantes. El barrio se desarrolló con esa gente, y sus lugares de pertenencia se constituyeron en clubes, o comunidades de carácter religioso o simplemente social, de encuentro. Todo mezclado con un arraigo muy especial en el tango. Villa Crespo fue un barrio de arrabal. No hay que olvidarse de que el arroyo Maldonado era prácticamente una frontera en los primeros días del barrio. Las comunidades estaban mezcladas, pero igualmente cada una tenía una especie de zona, algo así como una división invisible. Los judíos se desplegaban a lo largo de Scalabrini Ortiz, los armenios se concentraban más cerca de la avenida Córdoba, pero todo dentro de una fusión y una hermandad absoluta.”





Sísmico

El Sísmico es un espacio creado por los hermanos Isola, que, junto con otras personas como Nico (actor y músico), lo llevan adelante artística y socialmente. Hay teatro, música, cine, danza y diferentes actividades sociales.

“Hay algo muy barrial, muy amigo, que no es exclusivo del Sísmico: es algo del barrio también. Yo vengo de la zona sur de la provincia, de Berazategui, y acá veo cosas que yo pensaba que solo se encontraban en el conurbano. Me encontré con un barrio con diálogo, hablás con el portero, hablás con el carnicero. Y el Sísmico completa ese diálogo, pero desde lo artístico. En algún punto, es como el club del barrio. Villa Crespo es un lugar que creció muchísimo en el aspecto artístico. Hoy podemos hablar incluso de un circuito cultural. Hay mucha gente joven, y con un espíritu joven que no tiene que ver tanto con la edad. Hay teatro, tango, bibliotecas, clases de baile, peñas, música, lugares para tocar. El Matienzo, La Gran Jaime, Fandango, Oliverio, son muchos los espacios. Hay una historia cultural en el barrio; esa costumbre tanguera y poética de Marechal y de Pugliese todavía se respira. Esa tradición, evidentemente, está ligada a la movida cultural que existe hoy. Villa Crespo tiene esa cosa de la tradición bohemia también. De hecho, a esto que sucede culturalmente en el barrio yo lo llamo ‘la nueva bohemia’. Hay muchos artistas viviendo aquí. Estamos cerca de Palermo, Belgrano, del centro, de los teatros de Corrientes; es como un barrio estratégico también para la vida del actor o del músico. La suma de estos detalles hace que lugares como el Sísmico se puedan gestionar y multiplicarse con el tiempo. También es cierto que la gestión se hace más fácil cuando la gente acompaña. Es como un círculo virtuoso. La afluencia de público hace que estos lugares crezcan, y la oferta de más lugares genera la llegada de públicos nuevos. Hay una audiencia que es de Villa Crespo, aunque, por supuesto, viene gente de muchos lados distintos. De todos modos, es innegable que el vecino del barrio se vincula con estas alternativas culturales, y esto se debe a que, en algún punto, está acostumbrado a que estos espacios existan porque el barrio los propone todo el tiempo”.

Villa Malcom

“Un grupo de muchachos del barrio querían jugar al fútbol en la liga amateur y para eso tenían que formar un club. El win izquierdo del equipo era hincha de Chacharita, y fue él quien le puso los colores a Malcom: rojo, negro y blanco. Originariamente las villas no eran lo que son ahora. Esas poblaciones eran de familias que tenían un muy buen pasar. De Córdoba hasta Loyola era la villa de los Malcom, de Loyola hacia Corrientes era la villa de los Crespo y de Córdoba hacia Palermo era la villa de los Alvear. Los Malcom eran escoceses. Y el Escocés, como se lo conocía en aquel tiempo a don Malcom, donó la ropa para que los equipos empezaran a competir. En agradecimiento a ese gesto fue que los mismos jugadores le pusieron su nombre al club: Club Atlético Villa Malcom. Luego de una gresca violenta al terminar un partido, la comisión directiva de ese momento decidió terminar con la actividad de fútbol dentro del club, y así dejó de ser Club Atlético para llamarse Club Social y Deportivo Villa Malcom, tal como lo conocemos hoy. Este hecho marcó el destino del club, ya que Malcom se transformaría con el tiempo en un lugar social. Empezaron los bailes, las reuniones, el tango, y esas actividades fueron las que hicieron famoso al club. Y también fueron la fuente de recaudación que permitió que el club creciera. De a poco, también aparecieron los otros deportes y el club fue tomando su forma actual. Me hice socio a los 10 años, en el 53. Antes de esa fecha no teníamos el dinero para pagar la cuota de inscripción. A los 16 años empecé a trabajar en las subcomisiones, a los 22 años formé parte de una de las comisiones directivas y hoy soy el actual presidente. El club fue la razón de mi existencia. Cuando me casé mi mujer me preguntaba si me había casado con ella o con Malcom. Siempre me tenía que ir al club por alguna reunión, o tenía que pasar por esto o por aquello. Creo haber estado más tiempo en el club que en mi casa. Si bien los tiempos cambiaron y el club dejó de ser ese lugar de reunión que supo ser, no nos hemos convertido en un club de viejos: el vicepresidente tiene 48 años, por ejemplo. Se ha incorporado gente más joven y en la actualidad el club está lleno de familias. Esa siempre fue nuestra intención: hacer de Villa Malcom un club familiar”.





Daniel

“Mi padre llegó en el año 21 desde Polonia escapando de la Primera Guerra Mundial y se instaló en Villa Crespo, en el conventillo La Paloma. Llegó con las oleadas inmigratorias europeas. Caía uno, después el otro y se empezaban a ayudar mutuamente. Así fueron armando los ‘farein’, que eran una especie de centro comunitario donde se ayudaba a la gente que venía de los mismos pueblitos. En el 40 mi padre abre la famosa perfumería Noemí. Recuerdo dos estrategias claves: la primera era que abríamos bien temprano para captar a las madres que llevaban los chicos a la escuela Quintana, que estaba en frente. La segunda era que no cerrábamos al mediodía porque era una zona de muchas fábricas, entre ellas, la Comander de cigarrillos y la Evelina de medias, y a esa hora las fabriqueras salían a almorzar y a comprar sus cositas en la perfumería. Más adelante mi familia compra el café Plus Ultra, muy legendario en el barrio, y se instala allí una sucursal de la perfumería que pasó a llamarse Plus Noemí, en homenaje al mítico bar, y que aún continúa funcionando sobre la calle Corrientes. Recuerdo los 25 de mayo donde se hacía un festival al que concurría todo el barrio y venían lo que se llamaban las fuerzas vivas: el comisario, los bomberos, el gerente del banco y mi padre, como presidente de la Asociación de Amigos de la Avenida Corrientes. Recuerdo que mi papá también creó un entidad llamada Crédito de Villa Crespo, que era una sociedad de ayuda barrial para que la gente pudiera comprar en el barrio y no tuviera que irse a otros lugares. Él decía que el subte era muy importante, pero que también se llevaba la gente al centro para hacer las compras. Ya por aquel entonces el barrio de Once era una competencia comercial, a solo 40 cuadras de lo que era el centro de negocios de Canning y Corrientes. Villa Crespo se fue abriendo con el tiempo, y con el crecimiento y el desarrollo del barrio muchos judíos progresaron económicamente y se fueron a vivir a otros lugares. Pero cuando les hablás de Villa Crespo notás que la cara se les convierte, aunque estén viviendo en el mejor country de Zona Norte. Las raíces y el corazón lo siguen teniendo acá. Sus infancias, los templos, los olores del barrio. Cuando vienen las fiestas y se huele por la calle la comida judía, te volvé loco. Ese tipo de cosas no se pierden, siguen vivas por los siglos de los siglos”.

El Olímpico

“Soy José, el Olímpico, el Tano, el Vellu. Mecánico olímpico de la selección argentina de ciclismo, ganador de la medalla dorada en Beijing, ciclista hace 53 años, murguero y campeón de rocanrol. Pero lo más importante de todo esto es que soy el bicicletero de mi barrio, corazón de Villa Crespo plateado por la luna, rumores de milonga son toda mi fortuna. Barrio tanguero señores, cuna de deportistas y malevos”.

Así se presenta este pequeño gigante dentro de su bicicletería El Olímpico mientras canta, grita y recita poesía.

“De aquellas épocas siempre me acuerdo de don Pedro, don Mateo, don Bruno. Los ‘dones’ eran gente del barrio de toda la vida. Villa Crespo es un barrio muy antiguo. Mi casa paterna es de 1907, una de las más viejas del barrio. Con el tiempo todo se fue modernizando: antes por Luis Viale no pasaba ni el viento y hoy es una calle muy transitada. Igual, a mí no me movés de acá ni loco. Yo estuve en Catar, en Sudáfrica, en Centroamérica, en Asia, en Italia y en casi toda Europa, pero a mí no me sacas de Corrientes y Canning. No lo soportaría, no puedo vivir en otro lugar que no sea Villa Crespo. Acá me hice, acá nació, acá me quieren y acá quiero. Salgo a caminar y tengo que parar a cada cada rato: ‘hola Tano, hola Olímpico’; es hermoso. Mis raíces y mi sangre están acá. A mi mujer, por ejemplo, la conocí en Atlanta ganando un concurso de rocanrol, de los cuales gané 6. Bien a lo canchero, porque el petiso que no es canchero, ¡no es petizo! La invité a tomar una Coca y un Paty, porque en esa época eran Patys, no hamburguesas. También íbamos a Malcom, que era como la parada de la esquina. Fuéramos a donde fuéramos, pasábamos por Malcom. Bailábamos todo, rocanrol y murga. Primero con los Dichosos de Villa Crespo y ahora con los Mimados de La Paternal. Son mis tres pasiones: ciclismo, rocanrol y murga. Pero si tengo que elegir una, no lo dudo: soy ciclista. Nací ciclista de competición y voy a morir ciclista de competición. Tengo el número grabado en la espalda. El ciclismo es mi vida. Vivo de la reparación de bicicletas, no vivo de otra cosa. Vivo de mi local y me encanta. Si no estoy acá adentro, no tengo vida. Si no veo a los vecinos pasar y saludar, no me queda nada. Si no hablo con el barrio, me muero”.





Mario

“Allá por el año 71 tuve la oportunidad de comprar este departamento con el dinero que tenía. En otros barrios no me alcanzaba para una casa así. Vivir acá me acercaba a mi trabajo en el ferrocarril y podía ir caminando.”

Antes de mudarse, Mario no conocía mucho acerca de Villa Crespo. Solo sabía que se inundaba seguido, sin sospechar que un día le iba a tocar a él sacar un metro y medio de agua de adentro de su casa.

“Las continuas inundaciones fueron lo que más padecí de este barrio. Hoy, por suerte, este tema ya está resuelto con el arroyo Maldonado entubado. Villa Crespo y toda su gente siempre me gustaron. Gente de laburo, gente de toda la vida. Esta casa era de Matarazzo, el de los fideos, y era un ejemplo de la presencia italiana en el barrio. Ese Villa Crespo tenía también una vida judía más reconocible y era mucho más estricto, religiosamente hablando. Hoy, por ejemplo, hay mucha diversidad dentro del catolicismo, y eso en mi época no existía o, por lo menos, no lo veías. Hoy acá en el barrio tenés iglesias evangelistas, testigos de Jehová, adventistas. Hay también nuevas inmigraciones: chinos, bolivianos, venezolanos y colombianos, que se instalaron comercialmente en el barrio. Los chinos están en los almacenes, los bolivianos en las verdulerías y los colombianos y venezolanos en los kioscos. Otra característica muy notoria es que en mi época los locales estaban manejados o atendidos casi en exclusividad por los hombres del barrio. Hoy en cambio las mujeres están mucho más presentes en los comercios. Esto tuvo que ver con los cambios a nivel socioeconómico que fueron transformando la sociedad en general y no solo con cómo se desarrolló Villa Crespo. En los 90, por ejemplo, los trenes se cayeron mucho. Vagones sin vidrios, los cartoneros, el tren blanco. La estación del barrio, la de Dorrego, es hoy uno de los puntos de reunión de los cartoneros para subir al tren, y ese nuevo paisaje se volvió habitual para este barrio. Con los años me jubilé y mi vínculo con Villa Crespo se redujo a mi radio más cercano, ya que dejé de atravesar el barrio para ir a la estación de tren. Sigo yendo a la misma farmacia, voy a la misma panadería y al mismo supermercado: me fui quedando con los que frecuento día a día, con los de siempre, con los de toda la vida”.



Desborde del Maldonado en los 50. AGN.



Inundación en los 90. Foto de Washington.

INUNDACIONES

Una semana de lluvia torrencial. de lluvia continuada y pertinaz, durante la cual el sol no se dejó ver sino breves instantes, mostrando en su cara una mueca de burla, convirtió los alrededores de Buenos Aires en inmensa laguna, dentro de la que, azotadas por los chubascos, se hundían algunas casas, y otras provisoriamente edificadas como construcciones lacustres, debían ser abandonadas por sus moradores, amenazados de todas las privaciones de un sitio. Los sótanos se inundaban, los muros caían derrumbados; la lluvia seguía cayendo, en medio de un ensordecedor y continuado tronar; los relámpagos alumbraban con su luz fuliginosa



En la calle Rodríguez entre Industria y Pinón. Bote tripulado por los Sres. oficial Campesini, comisario Mascias, Inspector Cauderlin, comisario Sauerer, oficial del Regimiento García y coronel Veraguz.



En la calle Serrano, entre Camargo y Padilla.



En la calle Rodríguez y Brandzen.



Curiosos en la esquina de Serrano y Camargo.



Una canoa de salvataje en la Chacarita, tripulada por marineros de la escuadra.

las rezumantes fachadas; el agua de la calle subía sin cesar, estancada en algunos sitios y corrientosa en otros: parecía una reprise del diluvio. La policía, los bomberos, la Cruz Roja, todas las autoridades tuvieron que acudir en socorro de los inundados. El peligro que había en permanecer dentro de algunos hogares,

la escasez de víveres en otros; los accidentes del salvamento y los sufridos por los que atravesaban los lugares anegados, hacían necesario el auxilio de todos, empleados ó particulares. Este no faltó y no pocos de los vecinos, que podían ofrecer un albergue á los que el temporal había dejado sin

los trabajos del empírico ó á la colocación de cables para el alumbrado ó el teléfono; podíamos decir gran cantidad de vecinos del municipio que estábamos con el agua al cuello. Hasta para los muertos representó un grave inconveniente la lluvia: los coches fúnebres y su acompañamiento al dirigirse á la Chacarita no podían seguir la acostumbrada ruta



La calle Serrano hacia el Sur.



Alrededores del arroyo Maldonado, en villa Saucó.



El arroyo Maldonado frente al puente.



Palermo.—Frente al cuartel de artillería.

pusimos que ya no debíamos ocupar nos más de la inundación; pero á pesar de lo azul del cielo y de lo puro de la atmósfera, las aguas que rodeaban á Buenos Aires, como un cinturón de plata, avanzaron sobre la población y constituyeron en algunos puntos, en Barracas especialmente, un peligro mayor que



La comisaría 31.ª, durante la distribución de víveres.

en los mismos días de tormenta. Al lado de los episodios tristes y dramáticos no faltaron hasta el momento que concluimos estos párrafos, incidentes pintorescos y aún de marcado sabor cómico. En la calle Arena se había establecido un campamento de bohemios, que á punto de emprender el camino de Mendoza, á pie y á no muy largas jornadas, según

uso y costumbre de ellos, fueron sorprendidos por el interminable aguacero y se quedaron aquí. Por curiosidad fué á visitarlos alguna gente, creyendo ver allí algo como una reproducción de ciertas escenas de La farsa del deslinde, conven-

La policía, los bomberos, la Cruz Roja, todas las autoridades tuvieron que acudir en socorro de los inundados. El peligro que había en permanecer dentro de algunos hogares, la escasez de víveres en otros; los accidentes del salvamento y los sufridos por los que atravesaban lugares anegados, hacían necesario el auxilio de todos, empleados o particulares. Este no faltó y no pocos de los vecinos, que podían ofrecer albergue a los que el temporal había dejado sin abrigo y sin pan, rivalizaron en actos de verdadera filantropía.

En nuestra ciudad puede juzgarse la importancia de los daños ocasionados por la lluvia, sabiendo que estos se calculan en cuatro millones de pesos, amén de los ahogados niños en su mayoría y de los heridos y contusos que cayeron cuando se dedicaban a transportar familiares a sitios alejados de la zona peligrosa (...) y la cantidad de obreros que han quedado sin trabajo por haberse inundado las fábricas en donde ganaban un salario, como en los corrales, donde unos cinco mil operarios se encuentran desocupados en la actualidad, lo que equivale para ellos, gente que vive al día, a la miseria y el abatimiento.

En Palermo, en los corrales, lo mismo en los antiguos que en los recientemente inaugurados en Villa Crespo, en la Boca, en Barracas y en los pueblos próximos a la capital, el tráfico quedo suspendido por completo.

CARAS Y CARETAS, N° 79, 1900.



Eduardo y Jorge

“Hace más de 60 años que está la pizzería y el Maestro va rondando los 50”.

Así Jorge presenta a Eduardo, haciendo referencia al tiempo que lleva el Maestro Páez al frente de las pizzas en la mítica Pizzería Nápoles.

“Nací en la provincia, pero desde los 14 años vivo en Villa Crespo. Viví en el famoso conventillo La Paloma durante 10 años. A Villa Crespo le decían ‘la Jerusalén antigua’, porque era todo un barrio de casas bajas habitadas por judíos. Me acuerdo de las fábricas. Fabrica que había, fabrica que venía a comer pizza acá. Todos los que trabajaban ahí eran tanos o españoles. Los gallegos siempre fueron gastronómicos acá en el barrio, como Antonio, uno de los fundadores originales de Nápoles, que fue panadero de joven. Me acuerdo de los cines también. Acá venía a comer toda la gente que salía del cine, era una parada obligada”.

“Si hablás de la historia del barrio, Nápoles es obligatoria. Somos una pizzería famosa, pero de barrio”.

Jorge resume el puñado de recuerdos del Maestro Páez, aclarando que, por más que sean conocidos en todos lados, nunca perdieron ese espíritu barrial.

“Algo de eso mantenemos. Con las pizzerías cercanas, que son muchas, nos llevamos muy bien. Si a alguno le falta mozzarella le prestamos. Hay gente para todo, cada uno tiene su clientela. No hay competencia en ese sentido. Trabajamos con los vecinos. A esta altura tenemos amigos, no clientes. Villa Crespo es un barrio en el que la gente vive. Es verdad que tiene mucha gente que llega a trabajar de otros lados, pero la mayoría de la gente que ves y reconocés por la calle, vive acá y es de Villa Crespo desde hace mucho tiempo. Por eso tenés que hacer bien las cosas, ir por una misma línea y siempre de la misma manera”.



Heladería Malvinas

Ricardo vive en el barrio desde 1970 y, 7 años después de su llegada, puso en funcionamiento la Heladería Artesanal Malvinas, que sigue siendo un referente a pesar de todos los cambios que sufrió Villa Crespo.

“Hay un fenómeno general que es el movimiento. Yo viajaba en tranvía, por ejemplo. Hoy los chicos ni saben lo que es eso. El barrio era mucho más tranquilo, pero con otro tipo de tendencia nocturna en relación al local. Después de las 12 de la noche la gente no circula por la heladería. Antes llegabas a las 3 de la mañana y tenías a la familia comiendo helado y en verano hasta se amanecía en el negocio. El consumo cambió. La gente quiere el helado en el domicilio. Nosotros, por ejemplo, somos de los pocos que aún tenemos bebedero en el local. Todo un símbolo de otra época, que era fundamental cuando se comía el helado dentro de la heladería. El barrio cambia, pero, así y todo, sigo pensando que Villa Crespo continúa siendo un barrio tradicional. Tiene una identidad fuerte. El tango, Pugliese, el cuero, Warnes, la escritura, Atlanta. Y eso no se pierde tan fácilmente. Las grandes cadenas de helados, por ejemplo, aún no han entrado al barrio, y eso que hoy en día ya no son tantas las heladerías artesanales, ni acá ni en Capital Federal. Entonces, que Villa Crespo siga teniendo heladerías artesanales y no cadenas, habla de ese costado tradicional que tiene y que va a ser difícil que se apague del todo”.

Ricardo comparte la charla con su hija, que también trabaja en la heladería, y en una especie de acuerdo generacional, ambos coinciden en que no todos los cambios fueron negativos.

“La fabricación cambió para bien. Nuevas técnicas, otra materia prima, máquinas nuevas. La leche, por ejemplo, la comprábamos suelta: 100 litros en tarros inmensos, y teníamos que hervirla y pasteurizarla. Era un infierno. Hoy no se usa leche fluida salvo para algún que otro gusto. Ahora se usa agua y leche en polvo. Ponés todo en la cauterizadora, apretás dos botones y la máquina te avisa cuando todo está listo. Lo que no cambió para las heladerías artesanales es la utilización de productos naturales como la fruta, en especial en las estaciones adecuadas. La única diferencia es que ahora tenemos la tecnología a favor”.





Mariela

Mariela instaló su vivero en el 2007 en lo que era un terreno baldío lleno de árboles en Villa Crespo porque tenía ganas de estar en un lugar que todavía siguiera siendo ‘barrio’, como ella misma lo describe.

“Ese Crespo al que yo llegué era distinto. Había muchas más casas: Aguirre era otra cosa, no existían los outlets. Hacíamos jardines con pileta, con enredaderas muy altas. Todas casa de lotes grandes, de 25 a 30 metros de profundidad. Nuestro trabajo de jardinería se transformó con el tiempo: se perdieron esas casas con fondo, y a cambio llegaron más personas, más clientes y otro tipo de trabajos, como balcones y plantas de interior. Cambió mucho el rango de edad también. La gente de 30 años es el target de cliente hoy en día y antes era de 50 para arriba. Hay menos espacio, tenés jardines verticales, paredes y jardines de agua. El barrio está buenísimo, me encanta haber encontrado un lugar así. Me gusta la atención especializada, ir al almacén de tal o a la mercería de tal. Esas cosas le dan identidad, tenés nombres propios. La gente se para y se saluda, todavía quedan muchos árboles en las veredas y no está esa vorágine de otros barrios más céntricos. Villa Crespo es una bisagra estratégica. Queríamos un barrio que fuera medio núcleo de otros: tenemos zona de edificios cerca, como Palermo y Belgrano, y zonas de casas, como Paternal o Agronomía. Tuvimos que aprender muchas cosas cuando llegamos, como, por ejemplo, que se regalan plantas para el día del perdón dentro de la colectividad judía, por mencionar alguna. Nosotros seguimos siendo ‘los nuevos’ porque estamos en una zona de locales de muchísimos años, de tercera o cuarta generación. Igual nos sentimos parte. La gente te asimila a su vida y a su imaginario. Por ejemplo, yo soy Filomena para todo el mundo, pero Filomena es el nombre del local. Para otros somos ‘las chicas de la florería’, como si solo asistiéramos nosotras, cuando en realidad acá también trabajan varios chicos. Ese imaginario es de los vecinos y nosotros no lo vamos a discutir porque nos parece buenísimo y, en definitiva, son este tipo de cosas las que te integran y te van haciendo parte de un lugar”.

San Bernardo

En el año 2013 Ricardo llegó para ser el nuevo párroco de la iglesia más antigua en la historia de Villa Crespo.

“Encontré un barrio con muchas familias inmigrantes. Familias paraguayas, bolivianas, peruanas, y, en los últimos años, muchos venezolanos. Un barrio muy activo, con muchos comercios, mucha gente, muchas avenidas y mucho movimiento. Al tener un barrio tan grande hay mucha más actividad afuera de la parroquia, digamos, en lo que sería el radio parroquial. Estamos vinculados con otras instituciones del barrio como la asociación vecinal, la comuna 15, la Junta Histórica de Villa Crespo, la comisaría, el colegio de adoratrices y la asociación Benito Nazar. Es un barrio muy heterogéneo. La zona de Juan B. Justo o Warnes tiene una realidad, la de Ángel Gallardo o avenida San Martín, otra. Generalmente trabajamos con las familias y con los comerciantes, con jóvenes y niños. Tenemos grupos de scout, grupos de acción católica, catequesis, Cáritas, liga de madres, diversos talleres y cursos. La problemática social más importante que tiene el barrio tiene que ver con la realidad de la familia. No hay pobreza en cuanto a marginación, como asentamientos o gente en situación de calle, pero las familias tienen muchas necesidades económicas, personales y de contención. El vecino participa mucho de las actividades barriales o religiosas. En el año tenemos 3 grandes momentos, en cuanto a eventos o festividades. Primero, la Semana Santa y la Pascua, donde hacemos la procesión del Domingo de Ramos y el vía crucis para los chicos. Luego, tenemos la patronal, la fiesta de san Bernardo, donde hacemos la novena, las misas y salimos a misionar por el barrio. Y, por último, tenemos la Navidad, en la que hacemos algo junto con las parroquias vecinas. Son los momentos del año en los que más salimos a la calle. Todo se arma desde la parroquia y se invita a los vecinos a participar, y el nivel de respuesta es muy alto. También hacemos uso de las redes sociales para estar en contacto con el barrio, ya sea vía Facebook o cadenas de mails. Cambió mucho la vida de las parroquias. Antes la gente se acercaba mucho más a la iglesia, venía regularmente, era un lugar social y de encuentro. Hoy se acercan solo por algo puntual, un bautismo, la comunión, los casamientos. Las parroquias tienen que salir más al barrio para que no se pierda ese encuentro con las personas del lugar”.





Nació en Buenos Aires, el 11 de junio de 1900. Vivió en Villa Crespo entre 1910 y 1934. Con 19 años fue el primer bibliotecario rentado de la Biblioteca Popular Alberdi. Fue maestro y profesor de enseñanza secundaria. Consagrado poeta, narrador, dramaturgo y ensayista...

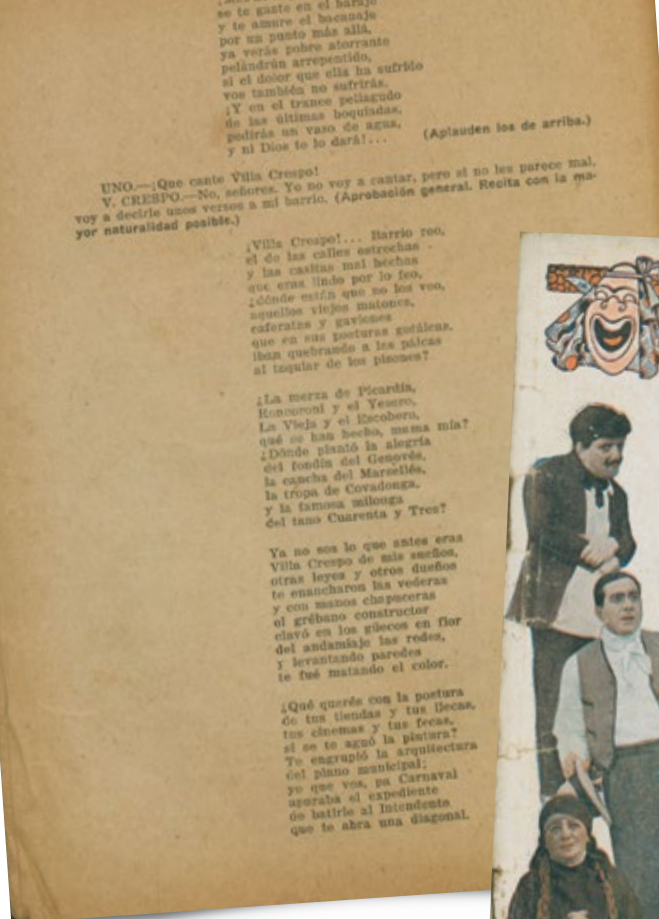
LA BATALLA DE JOSÉ LUNA

“Entre las mil ciudades que abajo en la tierra perfuman el éter con el humo de sus chimeneas existe una. Se llama Buenos Aires. ¿Es mejor o peor que otras? Ni mejor ni peor. Sin embargo, los hombres han construido allí un barrio inefable que responde al armonioso nombre de Villa Crespo”.



ADÁN BUENOSAYRES

“¡El sueño eterno pesa ya sobre todos los párpados: todos parecen dormir en la calle Gu-r-ruchaga! ¿Todos? No. Los sobrevivientes de la masacre se han refugiado en sus cuchitriles, en sus profundos sótanos, en sus cocinas de zinc; pero la furia de Adán ya no tiene riendas. He ahí que ahora la emprende con los edificios: bajo su maza formidable se resquebrajan y caen los muros, húndense los techos con espantoso fragor. Una polvareda roja se levanta de las ruinas y oscurece la luz. Entre los derrumbes escúchanse borrosos ayes, estertores agónicos, preces y blasfemias entreveradas. A mediodía siente Adán los tormentos del hambre; y, asaltando el corralón del vasco Arizmendi, despanzurra sus tres vacas rosillas y devora las entrañas humeantes. Luego prosigue su trabajo demoledor: ¡Villa Crespo no es ya sino un montón de escombros! Mas al atardecer Adán llega frente a la iglesia de San Bernardo: el héroe blande su maza, como si desease abatir el templo de un solo golpe. Y al elevar sus ojos furibundos ve al Cristo de la Mano Rota, y el arma se le cae a los pies, y Adán retrocede lleno de pavor: arriba, en el hueco de su mano lacerada, el Cristo le muestra un corazón de piedra; y el corazón de piedra está sangrando... ¡Basta!”



Alberto Vacarezza escribió el más famoso de los sainetes del teatro argentino ambientado en el conocido conventillo de Villa Crespo. Se estrenó en abril de 1929 y estuvo en cartelera más de un año, llegando a 1000 representaciones. Diversos elencos la recrearon tanto en teatro como en televisión. En 1936 se realizó la película dirigida por Leopoldo Torres Ríos.



Abel

Abel llegó de Chaco a los 15 años. Empezó a trabajar en un taller de autos y hoy hace más de 40 años que continúa viviendo en el barrio. Siempre fue amante de los lugares populares con historia, y es por eso que hace unos 25 años no solo vive en el mítico conventillo La Paloma, sino que también lo promueve haciendo visitas guiadas y recibiendo a todo aquel que quiera conocer ese lugar fundacional en la historia de Villa Crespo.

“Es un lugar emblemático. Acá vivían los inmigrantes que venían a buscar trabajo de Europa. Muchos eran hombres solos, sin sus familias. En el conventillo vivían unas 500 personas. 120 habitaciones, 4 personas por pieza. ‘La Paloma’ es en honor a una mujer que se decía que trabajaba en el bajo, en los cabarets, y que la trajeron a vivir aquí para divertir a esos hombres solos. Era una mujer muy hermosa, todos estaban enamorados. Era muy elegante y siempre vestía de blanco, y bajaba por la escalera de la pieza que está justo acá arriba en lo que hoy es el patio de mi casa. O sea que yo vivo hoy donde supuestamente vivía la Paloma. Antes esto era un solo patio a lo largo con todas habitaciones a los costados. Mucho después se hicieron estos PH, juntaron varias piezas y armaron estos departamentos con patiecito interno, como tengo yo. Había 2 baños y 2 cocinas. Hacían cola para bañarse o ir a hacer sus necesidades y cocinaban todos juntos. Se armaban bailes y peleas, cada uno con su idioma, y al otro día todos reconciliados se iban a laburar. Se vivía en comunidad. Poco a poco empezaron a traer a sus familias, a sus mujeres y a sus hijos, y muchos se fueron casando entre ellos, con los hijos de otros inmigrantes. Así se empezó a formar esta mezcla tan típica del barrio y terminaron todos siendo parientes en ese crisol de razas. Así arrancó Villa Crespo. El conventillo es lo único que queda con valor histórico. Es un patrimonio del barrio y de la ciudad. Hoy vivimos acá 17 familias, y seguimos teniendo algo de ese espíritu. Hay gente extranjera, toda laburante, y nos llevamos bien. Mi deseo es armar una especie de centro cultural para que esto se conozca aún más, para que tenga actividad artística y para que siga y nunca deje de existir”.

Isaquito

“Vine de Milán a fines del 39. Mi madre tenía a sus hermanos en Argentina y eso posibilitó que nos viniéramos para acá cuando empezaron las leyes antisemitas en Italia y en Alemania. Villa Crespo ya para ese entonces tenía una comunidad judía muy grande, y ese tal vez fue uno de los motivos por el cual mi madre eligió este barrio para vivir. No lo sé muy bien porque yo tenía 6 años en aquel entonces. A mí me encantaba el lugar, estaba lleno de amigos, las casas estaban todas con las puertas abiertas. Era muy distinto a Milán, pude adaptarme en seguida. Aprendí a jugar al ping-pong de casualidad y me hice bastante experto: gané varios torneos y jugué en varios clubes del barrio. Empecé a trabajar a los 9 años en una fábrica de anteojos, armando los estuches. No era tan común, pero había varios chicos del barrio que trabajábamos ahí”.

Isaquito es uno de los socios fundadores de Isaquito y Ricardo, uno de los históricos locales de la avenida Scalabrini Ortiz, centro de tejidos y venta de ropa, siempre comandado por la comunidad judía dentro del barrio. “Este negocio tiene más de 50 años. Estábamos en otro local a dos cuadras, siempre sobre esta calle que antes se llamaba Canning. En un comienzo era un localcito de venta de medias, pero nos iba muy bien, teníamos una clientela fiel que nos compraba siempre, y así con el tiempo pudimos comprar el actual local. Esta calle estaba llena de negocios. Hoy quedamos muy pocos: apareció Avellaneda como un nuevo centro de ventas, y así fue perdiendo fuerza esta zona. Las familias judías siguieron llegando al barrio hasta fines de los 50, y siempre la comunidad ayudó a esos recién llegados. La relación era muy buena, en especial con los italianos y los españoles, porque muchos veníamos de esos países. Se extrañaba mucho el origen, pero acá la gente se encontraba con más libertad. En Europa había persecuciones, matanzas, mucho antisemitismo. La Argentina para nosotros fue un país muy noble que nos permitió crecer. Hoy el local se convirtió en un negocio familiar: trabajan mi hijo y mi sobrino, y con el paso del tiempo nos fuimos consolidando como uno de los emblemas de la calle Scalabrini Ortiz en el rubro. Pero no estamos tan seguros de que todos esos logros sean solo obra nuestra. Eso muchas veces lo hace la gente, que, en definitiva, es la que te sigue y te permite llegar a donde estás”.





Francisco

Francisco vive en Palermo, pero anda desde 1976 en el barrio con su taller de reparación de autos ubicado en la emblemática calle Warnes, una de las calles con más locales de autopartes del mundo.

“Creo que en Warnes no debe haber mucha gente que viva en Villa Crespo, este es un mundo de paso. Desde que yo recuerdo, la gente que tenía talleres en la zona no vivía por el barrio, se instalaba con sus locales porque era un punto fuerte en el que sabía que había más trabajo que en otros lugares. Warnes era una zona más bien quieta y tranquila. Estaban todos los desarmaderos del otro lado de Dorrego. Y de Dorrego hasta Juan B. Justo era venta de repuestos mecánicos. Los desarmaderos estaban permitidos. Hoy ya no, para evitar el robo de autos. Vos venías a Warnes buscando una puerta y acá la ibas a conseguir. Hasta la década del 80 uno podía comprar un auto completo, pero todo en partes de desarme. Hoy Warnes es más una calle de repuestos. Es muy raro que exista otro negocio que no sea de venta de autopartes, de mecánica, de accesorios, de tapicería, de cosas eléctricas, de cosas reparadas, nuevas y viejas, desde la rueda hasta el techo. Todo se modernizó: antes eran galpones muy viejos, hoy tenés lugares más ordenados, más preparados, empresas, no podés andar ni con la ropa sucia porque te miran distinto. Hay nuevos dueños, pero la mayoría son los hijos de aquellos que, como yo, laburamos acá toda la vida. De la zona conozco a todo el mundo, pero de las caras de antes ya hay pocas. El tema es que mucha gente de mi edad ya está retirada, no es fácil trabajar en el taller con 70 años.

Antes había menos talleres, pero eran más grandes. Hoy se duplicaron los locales porque se achicaron. Esa necesidad de ampliar responde a la cantidad de nuevas marcas que hay y a la cantidad de modelos de esas marcas. Antes ibas a comprar un repuesto de Ford y tenías Falcon, Taunus y se terminaba. Ahora vas a comprar un repuesto de Ford y tenés para 20 autos. A Warnes llega gente de todos lados. Incluso, muchos siguen viniendo pensando que acá se encuentra todo como en las viejas épocas, dónde ‘hacías el pedido’, los talleres se comunicaban entre ellos, y aparecía la puerta que estabas buscando. ¿Cómo aparecía la puerta? Nadie sabía, pero mucha gente se lo imaginaba”.

Dany

Llegó de Misiones con 21 años y trabajó en la histórica pizzería El Imperio de Canning y Corrientes desde el año 88 hasta el día en que cerró. Luego del cierre, Dany y otros cinco compañeros de trabajo se instalaron sobre la calle Camargo y dieron inicio al querido Angelito.

“Este era un lugar pequeño, abandonado. Pensábamos que iba a ser por unos días, o solo para hacer delivery, pero empezó a venir tanta gente que tuvimos que comprar mesas, sillas, cubiertos... Yo trabajaba a la mañana, a la tarde, a la noche, cambiando horarios. Vivía a media cuadra y, aunque con el tiempo me fui a vivir a otro barrio, nunca se me pasó por la cabeza cambiar de laburo. Un poco por amor al barrio y otro poco porque siempre me fue fácil llegar. Esa es la gran ventaja de Villa Crespo: la ubicación que tiene. Recuerdo otro grupo de muchachos de El Imperio que también abrieron una pizzería que duró 3 años y otro grupo más que abrió en Scalabrini Ortiz y que estuvieron 5 o 6 años, pero todos tuvieron que cerrar. Este es un barrio muy gastronómico, hay muchos lugares para comer, un montón de pizzerías, negocios de comida judía, armenia, árabe, y varias panaderías. Hoy, además, también tenés locales de comida que antes no existían, como dietéticas, casas de comida vegetariana, o china, o comida por peso, sumados a los clásicos bares y restaurantes del barrio de toda la vida. El vecino de Crespo tiene muchas opciones para elegir a la hora de ir a comer. Igualmente llegan muchos que no son vecinos, en especial al mediodía, porque este es un barrio al que ingresa mucha gente a trabajar. De hecho, hay dos públicos bien diferenciados: al mediodía, gente más grande que viene del trabajo, y a la noche, gente joven que viene de estudiar o jugar la fútbol, o hacen la previa para salir. Antes era un poco más familiar, pero hoy la noche quedó reservada para los jóvenes y los taxistas. Y, por último, están los de siempre, sin horario: los de Atlanta, en especial los días de partido, y los paisanos. Viene mucha gente de la colectividad judía, la mayoría, te diría. Todos los días, menos en las fiestas, que son esa semana en la que no pueden comer harinas y carne en el mes de octubre. Eso sí, después, cuando vuelven, vienen con todo. Se comen todo”.





Martín

Martín es el típico pibe de barrio, una de las caras conocidas de Villa Crespo. Trabaja repartiendo pizza y su familia atiende un kiosco que es otra marca registrada de la cuadra que lo vio crecer.

“Acá me crié y acá curti la calle. Hace muy poco que vivo en otro barrio y ni salgo, no conozco a nadie. Acá conozco a todo el mundo y todo el mundo me conoce. Ser pibe acá era otra cosa, andábamos con la bicicleta por todos lados y jugábamos a la pelota en la calle. O estoy más viejo o cambiaron las cosas. Hay más autos, más gente, está la bicisenda, antes no había celulares ni internet. Íbamos a todos los clubes, a Atlanta, al Fulgor, a Malcom. También nos juntábamos en la parroquia San Bernardo: merendábamos y jugábamos en el patio, no hacíamos actividad religiosa, pero estábamos todo el tiempo ahí. Ahora no veo más que los pibes estén en la iglesia jugando y tampoco se le da tanta bola a la calle. También es cierto que ahora está más jodido que antes, si bien el barrio no es peligroso. La noche también cambió, porque cuando nosotros teníamos 15 años no nos dejaban ir al baile, entonces estábamos en la vereda de la cuadra toda la noche. Ahora los pibes ya a los 14 se van a los boliches. A la cancha tampoco me dejaban ir, pero me escapaba igual para ir ver a Atlanta. De chicos todos éramos hinchas del bohemio, porque era el club del barrio. Al bar San Bernardo, por ejemplo, no iba nadie. Solo nosotros, los pibitos que jugábamos al ping-pong, y todos los viejos del barrio que se juntaban a jugar al dominó mientras fumaban. Me acuerdo de que había un olor a cigarrillo que te querías ir enseguida. Era un lugar de viejos y de gente del barrio, hoy está lleno de gente de otros lugares y se puso muy de moda. Estaban los pibes de Dorrego, los de Juan B. Justo, los de Scalabrini y los del parque Centenario. Y de Corrientes para Córdoba no había muchos pibes, era una zona de viejos. También se decía que el que cruzaba Honorio era de Argentinos Juniors. Eran las típicas picas del barrio. También estaban La Cueva y La Loza, que eran dos paradas de la gente de Atlanta medio picantes. Todos los chicos del barrio estábamos en la calle, sea del bando que sea, eso era lo bueno. Hoy ese tipo de cosas no se ven y el barrio que yo conocí de chico ya no es más así. Por un lado, creo que está bien, pero, por otro lado, sé que algunas cosas que se perdieron estaban muy buenas”

Federico

“Federico es mi apellido, y el negocio se llama igual porque mi padre también tuvo una agencia de lotería que se llamaba así: Casa Federico. Él era de Villa Crespo, yo soy de Villa Crespo y mis hijos son de Villa Crespo, o sea que el apellido Federico en el barrio es toda una institución. Yo debo tener además una especie de record porque nací, vivo y trabajo en la misma cuadra de toda la vida. Nunca me moví de esta calle. Del tiempo de mi padre para acá el local cambió mucho, solo era lotería y hoy tuvimos que diversificar. Antes había más movimiento y la clientela solo se nucleaba en torno a los juegos de azar. Hoy eso no rinde tanto, y el local se amplió a kiosco y a pago de servicios. Al principio estaban solo los billetes de lotería. Hoy se diversificó tanto el juego que la gente no se puede repartir en todo, y por eso no se juegan los mismos montos de dinero que antes. Este era un barrio distinto, sin el ruido y la densidad de ahora, y con una presencia mayor de la colectividad judía. Hoy prácticamente todos esos pobladores que vinieron de Polonia y del resto de Europa han fallecido. Siento que fue muy rápido, casi no nos dimos cuenta de cómo cambió todo. Creo que en general está bien. El único cambio que me molesta muchísimo es cuando hablan de ‘Palermo Queens’ en toda la zona de Aguirre. Yo en su momento fui presidente de la cámara de comerciantes del barrio y me he presentado ante las autoridades del Gobierno de la Ciudad para que prohíba terminantemente este tipo de inventos publicitarios. Es como que yo, que me llamo Federico, me haga llamar Alzaga Unsué para que suene más importante. Yo soy Federico, no Alzaga Unsué, y Villa Crespo es Villa Crespo, ¡no Palermo Queens! Antes teníamos la suerte de que formábamos parte de la misma comuna, y como siempre se le dio a Palermo mucha trascendencia, cuando había mejoras para ellos ligábamos nosotros de rebote algún progreso para el barrio. Ahora nos cambiaron de comuna y estamos con La Paternal, Chacarita y Agronomía, y esos beneficios no llegan como antes. Siempre hubo negocios, pero antes era un barrio más de vivienda y hoy es un barrio netamente comercial, aunque Corrientes siempre fue una arteria comercial importante. Si tenés en cuenta solo el gremio nuestro, debe haber casi una agencia por cuadra a lo largo de Corrientes, pero eso sí, yo fui uno de los primeros”.





Eduardo

Desde que llegó al barrio hace 40 años, Eduardo siempre estuvo colaborando con Villa Crespo desde distintas entidades e instituciones. Fue vicepresidente del Rotary Club de Villa Crespo, un club de servicio y de apoyo al barrio, estuvo con la junta barrial como integrante o simplemente colaborando, ha trabajado en la cooperadora de la comisaría 27 del barrio y participa en la parroquia San Bernardo desde hace más de 20 años.

“Me conmovió mucho cuando un temporal de lluvia derrumbó todo el techo de la iglesia y tuvimos que hacer rifas y vender choripanes para volver a construirla. Con esa actividad arrancó mi vínculo con la parroquia. A pesar de que yo no nací acá, para mí Villa Crespo es todo, me erradiqué en el barrio. Me han invitado de otros barrios a participar en diferentes entidades por mi capacidad de gestión, pero les digo que no porque para mí trabajar para otro lugar que no sea Villa Crespo no tiene sentido. La fundación del barrio está ligada a la Curtiembre Federal y a la fábrica de calzado que fundó Salvador Bedit, quien fue además el que donó los terrenos para la parroquia y puso la piedra fundamental. La iba a llamar San Fermín, que es el patrono de los zapateros, pero se ve que en algún momento se acordó de que su padre se llamaba Bernardo, y en honor a él le puso San Bernardo. La parroquia cumplía una función social muy grande: en esa época era una costumbre que la gente que fallecía pasara por la iglesia para que el sacerdote diera un responso y una misa, y de ahí se continuaba el viaje hasta el cementerio de Chacarita. Luego vino el conventillo La Paloma, donde vivían los empleados de esas dos fábricas de cuero y calzado, y eso terminó de darle la identidad al barrio. La tradición cultural es muy importante también. Marechal y Pugliese son sus hijos pródigos, uno por la escritura, el otro por la música. Paquita Bernardo, la primera bandoneonista que tocó con Carlos Gardel, Osvaldo Miranda; está lleno de gente muy ligada a la cultura. A lo mejor el fanatismo me traiciona, pero Villa Crespo tiene mucha historia entre los barrios. Seguramente todos los otros barrios tengan su importancia, pero Villa Crespo es uno de los más importantes”.

Elvis

En un pequeño local abarrotado de ropa, calzados a medio hacer y recuerdos de Elvis Presley, Ricardo y su mujer pasan gran parte de su día. Ella arreglando ropa, él dictando clases de modelado de zapatos y dando shows por Villa Crespo, imitando al famoso cantante. Ricardo nació en el barrio y toda su vida vivió ahí, pero nadie lo conoce por su nombre. Todos lo llaman Elvis.

“Este era un barrio fenómeno. Estaba lleno de inmigrantes y éramos todos uno. El Tano tenía el almacén, el Gallego la panadería, el Ruso vendía telas. Estábamos todo el día en la calle, jugando a la pelota, cantando y tocando la guitarra. Nos juntábamos en el San Bernardo a jugar al billar y en otro café que se llamaba El Victorio, donde había un peluquero que trabajaba en un cuartito aparte, y te hacía el corte de Elvis. Había tres cines: el Rivoli, el Mitre y el Villa Crespo. Todas las películas de Elvis las veía ahí. Salíamos del cine y nos comíamos una pizza de parado en Nápoles, que era otro símbolo del barrio. Mi padre también nació en Crespo y era hijo de turcos, otra de las comunidades fundantes. Mi abuelo iba al café Izmir donde bailaban odaliscas. Al café sí lo conocí, porque hasta hace poco tiempo existió, pero ya sin las bailarinas. Mi viejo vio hacer el subte, y un amigo suyo contaba siempre que se le había ahogado una yegua en el Maldonado. Típicas anécdotas de la gente grande. Mi vieja me llevaba a comprar pollos vivos al mercado. Había un viejo que los achuraba ahí mismo antes de vendértelos. Se escapaban todo el tiempo, y había que estar corriéndolos por la calle. Pasaba el vendedor de sandías, el del

tacho de basura con dos caballos, los tranvías. A mí me gustaba la calle, pero igual trabajaba de cadete cuando venían las vacaciones. Vos ibas por Canning y estaba lleno de negocios con carteles de ‘Se necesita cadete’. Todos negocios de tejidos. Me mandaban a repartir las bolsas de telas en mateo. Después entré en la fábrica de calzado, y aprendí a trabajar mirando a los obreros. Empecé limpiando, cortando, y así llegue a modelar, hasta que tuve mi fábrica. Hoy doy clase de modelado acá, y trabajo para algún fabricante, pero ya los zapatos no son como antes. En mi época los zapatos te duraban toda la vida, pero hoy es así y tenés que adaptarte. Eso fue lo que hice toda mi vida: ir para donde va la corriente”.



Club Atlético Atlanta

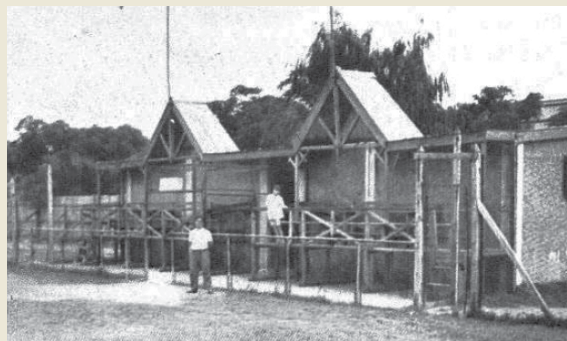
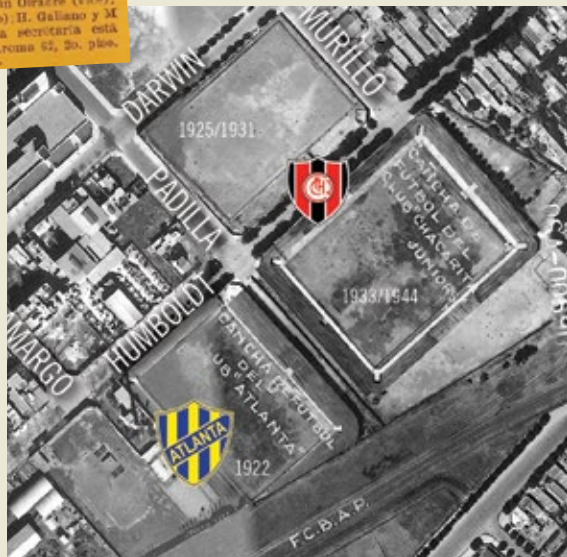
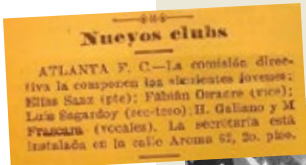
Se fundó el 12 de octubre de 1904, y, tras deambular por la ciudad, se radicó en 1922 en Humboldt 470. El estadio era tan pequeño que era conocido como “el cajoncito”.



Simpatizantes de Atlanta ven el partido desde la torre de iluminación del estadio de Chacarita (circa 1940). Foto archivo Edgardo Imas.



Inauguración del Estadio de Atlanta, 5 de junio de 1960.



Vestuarios de Chacarita sobre la calle Padilla.

Fuente: viejosestadios.blogspot.com.ar

Chacarita Juniors

Un 1º de mayo de 1906, ex integrantes de Defensores de Villa Crespo y vecinos de Chacarita fundaron el club con el nombre de su barrio. Su camino seguiría entrelazado a Villa Crespo, ya que en 1925 radican su campo de juego a escasos metros de Atlanta. En 1933 construyen enfrente su nuevo estadio, pero al incumplir el pago del alquiler comenzó un litigio por el que fueron desalojados en 1944, mudándose a San Martín. Durante dos décadas compartieron vecindad que derivó en una rivalidad deportiva. Sobre ese terreno, ya dismantelado, Atlanta construiría su nuevo estadio.



1933

Las obras comenzaron en 1929 y se extendieron a lo largo de 10 años.



1922



1929

Ricky

“Nací en Villa Crespo y mi padre también. Él fue directivo de futsal en Atlanta, así que desde los 6 años que vengo a este club. Siempre fui delantero y goleador en cancha chica, y en cancha grande jugué de 10. Además fui director técnico de baby fútbol. Mi nene juega también acá, o sea que ya somos tres generaciones de futsal. Hoy superviso y hablo con la gente, me hacen caso porque saben quien soy. Yo jugué en la selección argentina de futsal, pero para mí jugar en la selección era representar a Atlanta. Acá me crié, es mi casa y quisiera tener más tiempo para dedicarle, pero no se puede económicamente. Me da impotencia que el club no crezca y que haya ido para abajo en vez de para arriba. Por historia Atlanta tendría que ser un club mucho más grande. Tener más actividades para los chicos y para la gente. Tuvimos un enorme básquet, muchas figuras a nivel técnico y a nivel jugadores en un montón de equipos. Este club era un semillero. En el año 75 empezó el fútbol de salón en Atlanta, enseguida armamos un equipo imbatible y así fuimos fundadores de este deporte dentro del club. Hubo un momento en que venían a vernos 300 personas. Se hizo muy popular y las familias nos apoyaban. El barrio hacía rifas o asados y se juntaba dinero para que el equipo fuera a representar a Atlanta a otros países; íbamos a todos lados en avión porque ese dinero se recolectaba por el barrio. Hoy hay muchas menos familias y ese tipo de gestos son más difíciles que sucedan. Mi señora y yo estamos en casa, por ejemplo, en vez de estar acá en el club con nuestros hijos. Mirá el día soleado y hermoso de calor que es y el club está vacío. Es una pena que no hayamos podido sostener ese crecimiento. Históricamente se identificó a Atlanta con los judíos, y yo siempre dije que, si realmente fuera un club judío, seríamos el mejor club de la Argentina. Me crié en este barrio, tengo apellido judío, pero mi padre no seguía la religión y mi mamá era cristiana. Así como yo hay muchos otros que también formaron este club y que no son ni judíos ni católicos. Es un club ni, y al ser ni, no progresó como los clubes judíos de la talla de Macabi, Hacoaj o Hebraica. Lo mismo ocurrió con el barrio: debería ser el mejor de la Argentina y no lo es. Tal vez lo haya sido en un momento, pero cambió todo. Ahora somos gente de departamento y antes éramos vecinos de casas”.





Centro de jubilados

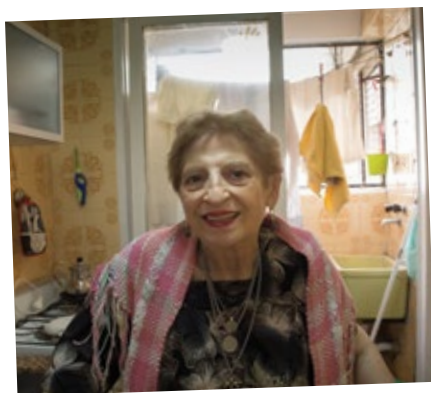
Fede está al frente del 22 de agosto, que es el tercer local que logran tener en el barrio donde están instalados desde hace 10 años, con la idea principal de combatir la soledad de los más ancianos.

“Venimos de otro lugar, más cerca de Dorrego, en lo que sería la puerta de entrada al barrio, y estamos en este local desde hace un año. Villa Crespo es muy diferente de punta a punta. En el local anterior, que abarcaba la zona Dorrego-Juan B. Justo, nos encontrábamos con personas más humildes: gente del norte del país que buscaba actividades de inclusión, precios accesibles y contención. Cuando nos mudamos para Camargo empezamos a ver otro tipo de población, más intelectual, que se acercaba al centro por los ciclos de cine o las salidas a espacios culturales. Lo más predominante son las mujeres, no solo porque hay más, sino porque los hombres no van tanto a los centros de jubilados. Van más a los cafés o a los bares del barrio. Un rasgo distintivo de acá es que hay gente muy activa. Hay una nueva generación de jubilados que no es la típica abuelita con bastón. Es gente que se mueve mucho y que tiene algo de la tradición bohemia: les gusta leer, bailar, hacer música, ir a museos. Somos cerca de 300 personas del barrio que participamos en el centro (no solo jubilados sino, también, familias y gente que se acerca a colaborar). Lo que más me llamó la atención de Villa Crespo es la convivencia de las colectividades y las creencias. La verdad es que eso no es tan común en otros lados. Tal vez, los que andamos por el barrio lo naturalizamos, pero lo cierto es que es un motivo para enorgullecerse porque es bastante especial que exista ese nivel de convivencia en armonía. Con nosotros sucedió así también. El barrio nos apoyó de entrada y hoy nos felicita y nos ayuda. Un comentario en común que siempre recibimos de los que llegan por primera vez es que estaban buscando un lugar como este. En esta zona, que es la más populosa de Villa Crespo, no existe otro centro de jubilados así. Tiempo atrás hubo algunos, pero no eran parte de instituciones sociales. Es decir, dependían de ellos mismos, y la gente que los llevaba adelante, cuando se cansaba, los cerraba porque no había quién los continuara. Nosotros, en cambio, al ser parte de una institución más grande tenemos más gente para que ese recambio suceda”.

Antonietta

“Vine de Italia en el 51 a los 7 años. Llegamos desde Potenza directo a Acevedo y Castillo, en Villa Crespo. Mi padre ya estaba en Argentina porque una hermana lo llamó después de la guerra. Era encargado de edificio, pero como los números no cerraban, por las tardes, a la hora de su siesta, hacia changas cargando cuero para una de las fábricas del barrio. El barrio me encantó. Yo era una nena que quería aprender castellano que venía de un pueblo que no tenía luz eléctrica. No teníamos nada, esto era la gloria. Me la pasaba en la panadería, en la lechería, jugando entre los adoquines. Mi adolescencia fue hermosísima. Trabajando, eso sí. Laburé toda mi vida con la colectividad judía. Hacía costura, iba de un taller a otro. Todos eran judíos en esa época, tanto es así que tuve que aprender a hablar en yidis. Empecé a los 12 años a trabajar, no había dinero en casa y tenía que colaborar. Así hice mi carrera: aprendiz, media oficiala y oficiala completa. Todo en la Overlock, la famosa máquina de cortar y coser. Todo ropa interior y lencería. Apenas cobraba el sobre, se lo daba a mi papá y él me daba una parte y me decía qué tenía que hacer, dónde comprar ropa y cómo ahorrar, nada de gastar plata en

salir. Lo único que hacía era ir al cine, al que le decíamos ‘piojera’, porque te daban tres películas por dos mangos y algún que otro piojo podías encontrar. Conocí a mi marido acá en el barrio. Nos veíamos por la calle. Se me declaró en Villa Malcom y me casé a los 20 años. Él vivía con la familia en una pieza 4x4 en un corralón, junto a los caballos que usaban el basurero y los vendedores. Mi esposo era un laburante genovés. Todos los italianos que venían eran gente muy pobre, pero que trabajaba duro. Muchos en el tranvía, otros en las fábricas y otros con los judíos que estaban re instalados en el barrio. Los vecinos eran parte de la familia, teníamos una relación muy humana de siempre preocuparte por el otro. Me acuerdo de que andaba sacándole fotos a todos, y hoy sigo con ese hobby y en el barrio todos me conocen como la abuela fotógrafa de Villa Crespo. Además, como soy católica, judía, y budista, también ando por el barrio bendiciendo los lugares y tirándoles buenas energías para que Villa Crespo siga creciendo cada vez más”.





Ariel

“Las costumbres de barrio siempre estuvieron muy arraigadas en Villa Crespo, pero se fueron perdiendo de a poco a causa del crecimiento, la expansión inmobiliaria. No se tuvieron en cuenta un montón de cosas, principalmente las edificaciones, y el barrio perdió un poco su forma. Lo social no se transformó mucho. Mi generación, por ejemplo, es gente nacida o criada de chica en el barrio y gente que en su mayoría se quedó acá. Siguen estando las mismas familias de siempre y los comercios modificaron sus fachadas, pero no cambiaron profundamente, en especial fuera de las calles principales. Las grandes avenidas sí sufrieron más. Corrientes, Córdoba, Juan B. Justo y Scalabrini fueron sin dudas las más alteradas”.

Ariel estuvo al mando de una de las pocas fábricas que continuaban en actividad en el barrio, un emprendimiento familiar especializado en cristales y espejos.

“Mi abuelo llegó a Argentina desde Rusia y les compró la fábrica a los Botolli, una familia italiana que trajo el oficio y una de las 3 importadoras de vidrio en la década del 20. Junto con mi viejo expandieron la fábrica y le agregaron oficinas. En su momento trabajaban 35 personas y la fábrica ocupaba un tercio de la cuadra, pero se redujo a la mitad en el año 88. Yo arranqué a trabajar ahí a los 16, en el año 91, el mismo año en que falleció mi viejo. Había pocas vidrierías en general. Nosotros además éramos distribuidores, esa era la principal diferencia, proveíamos de vidrio a las vidrierías de la zona. Yo sigo con el vidrio, pero me achiqué bastante y hace un tiempo que le alquilo el galpón a una fábrica de peluches. Estaba cansado y era demasiado grande la estructura para lo que yo podía sostener. Pero tampoco puedo vender, siento que esa fábrica es mi casa y que todas las demás son mis segundas casas. Hoy es menos necesario el espacio físico y podés tener tu negocio en tu casa. El espíritu comercial original de los barrios se perdió. Fijate la conducta de compra de los usuarios que van directo a internet o una cadena grande. Entonces, el rumbo comercial de los barrios cambia y se pierde lo artesanal. Nuestra generación no supo o no pudo sostener ese gen comercial que fue el que formó a Villa Crespo y que coincidió, además, con el momento en el que más brilló el barrio”.

Escuela Quintana

Andrea trabajó durante 12 años en otro colegio del barrio y desde 2010 es la directora de primaria de la escuela Quintana, la más antigua de Villa Crespo, que data de 1888.

“Desde que empecé noté un movimiento distinto. La escuela tiene una gran historia de reunirse, hay muchas instituciones que están siempre en contacto: la comisión de asociados del banco Credicoop, gente del centro cultural de Atlanta y la comuna 15. Nos invitan mucho a participar en eventos por la tradición que tiene en el barrio y porque muchos de los que están en esas instituciones son exalumnos. Año a año se activan esas reuniones, en especial para organizar el aniversario del barrio. Villa Crespo cumple años el 4 de junio y la escuela el 6. No es común que las instituciones del barrio se acerquen a una escuela. Muchos exalumnos que viven en Israel, siempre que vienen de vacaciones, pasan a sacarse la foto en la que fue su escuela. El 99% de la población del colegio históricamente fue judía, como sucedía en el barrio. En la década del 90 muchos de esos judíos se fueron cuando empezaron los cierres de negocios, y muchos de los que tenían comercio dejaron de vivir aquí. Ahí cambio toda la fisonomía del barrio y de la escuela. Hoy la población es muy variada y hay un

alto porcentaje de familias extranjeras de Latinoamérica. Son 244 alumnos y la franja social es bastante heterogénea, con una preponderancia hacia lo medio-bajo, cuando antes era más media-alta. Empezamos a detectar que hay un gran número de chicos que por determinadas circunstancias encuentran en la escuela cosas que no tienen en el hogar, y eso influye mucho en el poder mostrarse, participar, interactuar con otros. Vemos que en lo que más participan es en lo artístico. Al haber tantas nacionalidades juntas hay una mezcla de culturas, entonces la escuela plantea todo el tiempo actividades con los padres que no tengan tanto que ver con el aprendizaje. Queremos que los chicos se expresen con la danza, con el teatro; si no pueden desde la palabra, que lo hagan con otros lenguajes.”



Noviembre de 1935. AGN.



Miguel Ángel

Es el famoso tachero de barrio. Voz ronca, muchas anécdotas y toda una vida girando por las calles de Villa Crespo.

“Me gustaba más el camión, sobre todo cuando repartía arena en el puerto. También repartí gaseosa, hice fletes, de todo, y así fui conociendo el barrio que terminé adoptando. Yo no nací acá, me trajeron hace 36 años. Mi mujer fue. Era un barrio difícil, si no te conocían no te daban mucha bola. Yo era fanático de Boca y acá eran todos de Atlanta o de Chacarita y me miraban como sapo de otro pozo. Con el camión de a poco empecé a formar amistades. Bien pillo, busqué hacer amistad con los capangas del barrio y me hice amigo de los que tenían la casa de calzoncillos, que eran muy poderosos. Así me fueron integrando. Después armamos un equipo de fútbol y me hice amigo de todo el mundo. Ahora no me sacás nunca más de este barrio. Hice amigos de verdad. Una vez instalado en Villa Crespo tuve la suerte de comprar frente a la cancha, pero la casa salía 20 y yo tenía 10. El dueño me preguntó cuánto le podía dar por mes, yo le dije ‘5’, y él me dijo ‘dame 3 y me lo vas pagando así’. Sin nada. Ni papel, ni firma. Me dijo que fuera haciendo rayitas en la pared como en la cárcel y que cuando terminara de pagarle que lo invitara a tomar un café. Y así fue. Era una época de código, de palabra. Hoy la palabra es un barrilete que soltás en el viento y se va. No existe. Mi juventud fue así. Íbamos a bailar y si uno no tenía pagaba yo, y al otro día no tenía yo y me pagaba el otro. Hasta nos prestábamos los zapatos. Uno bailaba un par de piezas, se los sacaba y se los prestaba a otro para que pueda bailar también. Eso lo hacíamos en Villa Malcom, que era espectacular, salvo porque no te dejaban apretar y si no les dabas bola te agarraban y te tiraban a la calle. Eran otros tiempos y era otro barrio también. Muy distinto en muchas cosas. De todas formas, yo me siento contento acá, siento que la gente me quiere. Habrá alguno que me tenga bronca, nunca vas a poder simpatizar con todos, pero en general los vecinos nos llevamos muy bien. A mí de acá me sacan con los pies para adelante, no existe ningún otro barrio para mí. Me pondría muy triste si me fuera de acá, todos mis afectos están en este lugar”.

Sergio

“Hay una metáfora implícita en el oficio de abrir puertas, y la verdad es que mi trabajo me abrió muchas, en lo económico y en lo social. Pero, sobre todo, me llevó a descubrir un barrio, el mejor de todos. Yo vivía en San Justo pero desde chico estaba todo el tiempo en Villa Crespo. Mi viejo era el que atendía el negocio desde el año 63. Solo era cerrajería, y con el tiempo le inauguré la ferretería como complemento. Yo arranqué en el 82 y en el 86 me instalé definitivamente. Años después entraron a robar a mi casa y ahí me volví a mudar, pero ya dentro del mismo barrio. Es como un colmo que le entren a robar a un cerrajero, pero vale aclarar que nunca entraron por la puerta, siempre fue por las ventanas. Necesitaba estar cerca y San Justo me quedaba muy lejos. Trabajaba mucho por el barrio y las urgencias que me obligaban a buscar herramientas o mercadería a cualquier hora hacían que fuera necesario estar acá. Está bueno vivir en un barrio en el que te parás en una esquina y todos te conocen. No tenés que agachar la cara porque siempre hiciste las cosas bien. Pensá que debo haber abierto casi todas las puertas del barrio, a un promedio de 10 a 20 domicilios por día, desde los 14 años; te puedo asegurar que son muchas puertas. Aprendí de mi hermano y de mi viejo. La cerrajería es algo que se hereda, se puede estudiar, pero todo el trabajo lo hacés aprendiendo a experiencia. Todo cambió bastante. La electrónica avanzó notablemente. Antes cambiábamos una cerradura de puerta de entrada y hacíamos una cantidad de llaves, ahora ponemos directo cerraduras electrónicas. También es cierto eso de que antes la gente vivía a puertas abiertas, yo cerré muchas más puertas en los últimos 20 años que mi viejo en toda su carrera. Cuando empecé, la gente tenía una cerradura y recién comenzaban a agregar otra más. Hoy hay gente que tiene hasta 4 cerraduras en sus puertas. Por eso es tan importante la confianza con los vecinos. No hay que olvidarse de que les estás manejando la llave de su casa, y eso a la larga es lo que más disfruto de mi trabajo: la relación que tengo con ellos y con el barrio”





Washington

“¿Querés hablar de arte? Washington habla de arte. ¿Querés hablar de política? Washington habla de política. Así que, ¿cómo no vamos a hablar del barrio? Vine de Uruguay y me instalé definitivamente en Villa Crespo en el año 85. Había un montón de peluquerías, y acá estaban los grandes: los mejores peluqueros estuvieron desde los 70 hasta los 90 en Villa Crespo y todos nos conocíamos. Nos juntábamos para saber qué tipo de servicio estábamos dando y cuánto estábamos cobrando, estábamos más organizados. Yo era el más nene de todos en esa época y me llamaban ‘el Loco’. Desde esa época que vengo marcando una diferencia en la forma de cortar el pelo: no corto con tijera de entresacar. Lo lamento. Te destruye el pelo. Yo corto como en campeonato, sin máquina. Salí campeón en el año 87 y todos me jodían, me preguntaban si esa copa la había ganado jugando al fútbol. Yo me calentaba y me apagaban los puchos en la copa, porque antes se podía fumar adentro de los locales. La gente se fumaba un cigarrito, se tomaba un café, venía a leer el diario. Tenía otro movimiento la peluquería: no solo venían a cortarse el pelo, era una salida social, era un lugar importante para los vecinos. La peluquería siempre fue uno de los símbolos de cualquier barrio. Yo, por lo menos, sí soy un símbolo. Vos le preguntás a cualquiera y te van a decir: ‘andá a lo del uruguayo Washington que ese te va a cortar bien de bien’. Tengo poca clientela, pero fiel. Mis clientes son los mejores del mundo. La colectividad judía, por ejemplo, es hermosa como clientela. Les corto para sus festividades, me llevan a sus casas a que les corte el pelo ahí, me regalan comida riquísima y hasta kipá tengo. Ellos valoran mucho mi trabajo, pensá que en el barrio debe haber unas 80 peluquerías, y hoy cualquiera con una maquinita te hace un corte de pelo. Pero yo estudié para esto, yo no cobro por cortar el pelo, ese es mi arte, yo cobro por agarrar las herramientas. El que es bueno se mantiene, el que es malo, no. Yo seré muy loco, pero hace 33 años que estoy acá, y eso que me fui un tiempo del barrio y puse un lavadero de ropa. Pero no podía con mi genio y cortaba el pelo atrás medio a escondidas, hasta que me di cuenta de que tenía que volver, de que lo mío era esto y era en Villa Crespo”.

Club Fulgor

Roberto, presidente del club, nació en Villa Crespo allá por el año 40, apenas siete años después de que surgiera el Fulgor en el 33, pero cuenta con orgullo que su relación con el club arrancó incluso desde antes de su nacimiento.

“Mi padre conoció a mi madre en los bailes del club, así que mi madre ya venía al Fulgor conmigo en la panza. Los colores rojo y verde fueron tomados de la bandera italiana porque en aquel momento la mayoría eran tanos, luego llegaron los turcos, los judíos y los árabes, y se creó esa mezcla tan típica de Villa Crespo, como en mi caso que soy mitad árabe y mitad italiano. La mayoría de los clubes de barrio nacieron cerca de la década del 30 con los inmigrantes que los creaban, por lo general, para poder inscribirse en campeonatos de fútbol. Así y todo, dentro del club era más popular el básquetbol, porque los chicos todavía podían jugar a la pelota en la calle. Con el paso del tiempo el fútbol dejó la calle, entró en el club y remplazó al básquet como deporte principal. Hoy Fulgor es una cajita de zapatos, pero, aún así, tenemos chicas que hacen patín, chicos que juegan al fútbol, y el tango se sigue bailando. Seguimos vivitos y coleando, aunque la gente más grande ya no viene tanto y el club quedó solo para los chicos. Hasta hace unos 30 años atrás, entre las 6 de la tarde y las 9 de la noche, el club estaba lleno de gente que venía a pasar el rato sin hacer ninguna actividad específica. Hoy no existe ese tiempo. Cambió todo. Ni siquiera podés estacionar en este barrio, antes no había tantos autos y la gente se tomaba ‘el expreso San Fernando: un rato a pie otro rato caminando...’ Toda mi vida se la dediqué al club. Mi jardín de infantes fue el Fulgor. Mi madre murió cuando yo tenía 4 años y mi padre me traía y me dejaba en el club mientras se iba a trabajar. El club es parte de mi vida y eso nunca cambió. Nunca me fui del barrio y nunca dejé de venir al Fulgor. Hace varios años atrás nos ofrecieron un millón de dólares por vender esta propiedad y dijimos que no, así que imaginate. Lo económico no es todo. Hay amor, pasión. El mundo camina a un ritmo, pero yo camino al ritmo de las ganas que tengo”.

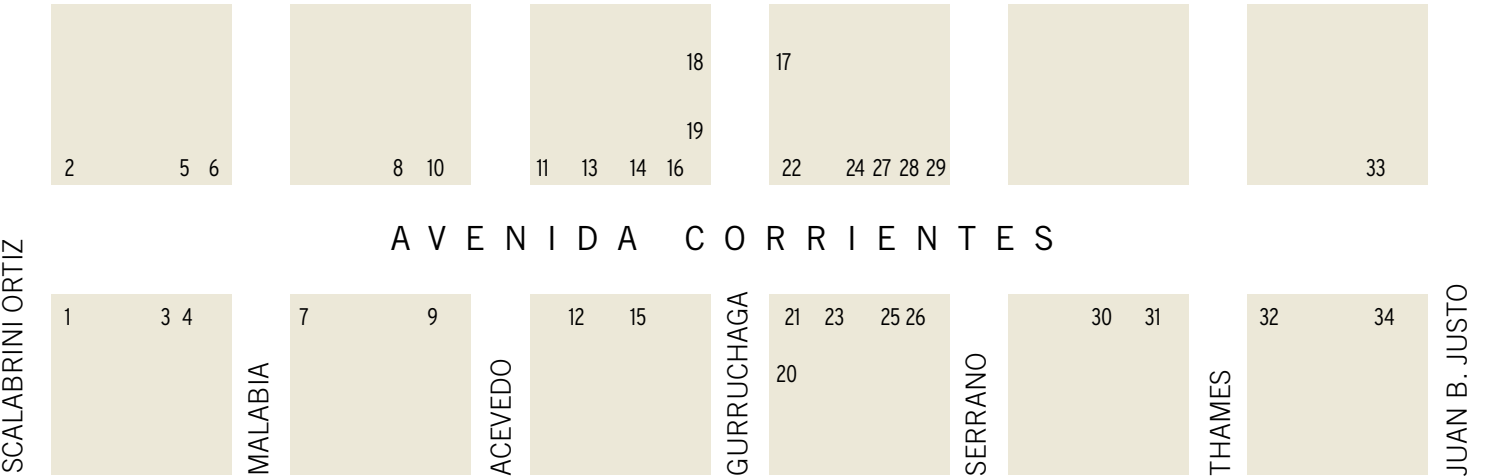




Ricky

“Después de Murillo 666, fuimos el segundo negocio en instalarse. Todo esto ocurrió en 1992 y fue una especie de efecto dominó. Mi viejo era del oficio del cuero y un día nos enteramos que existía un negocio que vendía muchísimo, era una puertita donde la gente subía y se llevaba de a 4 camperas. Evidentemente, no fuimos los únicos que vimos una oportunidad para aprovechar y así fue surgiendo el fenómeno Murillo. Era algo muy fuerte, Murillo hasta ese momento era una calle muerta, y ver esa explosión en un lugar tan impensado era muy llamativo. 100 personas haciendo cola para comprar una campera, era demencial. En ese primer año del 92 llegamos a ser 3 o 4 los negocios, al año siguiente ya fuimos como 10, y hoy habrá unos 60 locales. Al principio era todo consumo interno. Del barrio pocos, lo normal, el grueso era de otros barrios y de provincia. El turismo fuerte arranca en el 2002. Fue otra explosión. Muy loco, en uno de los peores momentos del país tuve el mejor momento económico de mi vida, y ese fue el pico máximo de Murillo. De cada 10 personas a las que le decís Murillo, 9 saben que es la calle del cuero, por eso conviene que los locales se centralicen. Tal vez la competencia aumenta, pero el problema general es el contexto económico y no la cantidad de locales. Acá funciona una especie de efecto derrame y cuando uno labura, laburamos todos. Otra ventaja de la centralización es que te levanta una zona, y esto le hizo un bien enorme a esta ala del barrio que estaba muerta y muy descuidada. Esto lo noté claramente porque yo además vivo acá, en esta parte del barrio, exactamente arriba del negocio, y fue categórico el cambio en la zona para bien. De todos modos, siempre me gustó vivir acá. Es lejos el mejor barrio de Buenos Aires. Es muy céntrico, accesible, muy tranquilo en el contexto en el que vivimos, tenés todos los bancos, negocios, bares, restaurantes, dos pizzerías de más de 60 años y Atlanta, que es algo muy fuerte para mí. Aprendí a jugar al fútbol, a nadar, a tirar al aro, todo lo hice en Atlanta, vivía en el club. Te lo podría definir así: Villa Crespo es mi hogar, es el lugar en donde yo me quiero morir. Murillo fue el sueño del pibe hecho realidad: trabajar abajo de mi casa. Subo y bajo una escalera. Y Atlanta es una pasión que no tiene mucha explicación, es el pedazo más grande de Villa Crespo, es el corazón del barrio”.

Villa Crespo a la hora del encuentro



1. Bar Confit ria LA PERLA. Corrientes 5201

2. Bar IMPERIO CANNING. Corrientes 5206

3. Café de CESÁREO FLORES. Corrientes 5271

4. Café Bar CORRIENTES. Corrientes 5275

5. Café RIVOLI. Corrientes 5280

6. Café de FRANCISCO GRAZZIANO. Corrientes y Malabia

7. Café COL N. Corrientes 5301

8. Bar Confit ria HOUSTON GRILL. Corrientes 5360

9. Café EL GUARAN . Corrientes 5387

10. Café EL IMPARCIAL. Corrientes 5396

11. Heladería USO N POLI. Corrientes 5402

12. Café MITRE. Corrientes 5433
13. Café Bar SAN BERNARDO. Corrientes 5434

14. Café LOS ROSALES. Corrientes 5444

15. Lechería LA ESMERALDA. Corrientes 5461

16. Café de FRANCO. Corrientes 5496

17. Café IZMIR. Gurruchaga 432

18. Café DANON. Gurrughaga 433

19. Café ORIENTE. Gurruchaga 478

20. Cervecería MÁXIMO. Gurruchaga 540

21. Bar Confit ria RENO. Corrientes 5501

22. MODERNO BAR. Corrientes 5502

23. Lechería VILLA CRESPO. Corrientes 5543

24. Café BUENOS AIRES. Corrientes 5546
25. Café de SECUNDINO. Corrientes 5551

26. Café LA PURA. Corrientes 5563

27. Café, Bar y Glorieta LA VICTORIA. Corrientes 5566

28. Café VENTURITA. Corrientes 5586

29. Café PAULISTA. Corrientes 5598

30. Cervecería de PABLO BECKER. Corrientes 5655

31. Café Bar AGAPITO. Corrientes 5679

32. Café GRECCO. Corrientes 5701

33. Café KE SE YO. Corrientes 5782

34. Café Bar EL COPET N. Corrientes 5793

Villa Crespo recibí todo tipo de corriente migratorias. Fue barrio obrero y también intelectual. Barrio de vecinos históricos y de los que venían solo a trabajar. Con gran oferta de comercios y oferta cultural. El encuentro y la charla siempre tuvieron un lugar destacado. Ese espacio de amigos que ofrece el bar, el café, encontr  en este barrio un fenómeno singular. Compartimos este relevamiento realizado en 1976 por la Junta de Estudios Históricos del barrio de Villa Crespo y algunas reseñas de historia oral de algunos de ellos.



LA PERLA
Concurrían las familias más caracterizadas del barrio. Al estilo parisino colocaban mesas en las veredas. Se organizaban encuentros musicales, generalmente pianistas.

IMPERIO CANNING
Tradicional espacio donde otrora funcionaba el Almacén de Tachela, primitivo despacho de bebidas.

EL GUARAN 
Tradicional espacio de Villa Crespo. Tenía una mujer que pasaba discos, una vitrolera, que aumentaba la convocatoria de parroquianos. Concurrido primeramente por hijos de italianos y españoles. Luego llegaron  rabes, armenios e israelitas. Al mezclarse dieron rienda suelta al juego. Billar, baraja y dominó. Una orquesta de tango amenizaba.

CAFÉ RIVOLI
Punto de encuentro de los socios y simpatizantes de Atlanta. Se jugaba dados, naipes y dominó.

CAFÉ COL N
En la década del 40 cerca del mediodía se juntaban los jóvenes, en su mayoría del Círculo Gurruchaga y del ex Club Israel ta. Bulliciosos, inteligentes y bromistas.

VENTURITA
Uno de los primeros de la zona. Bar de gente guapa y propensa a las broncas. En la década de 10 actuaba Francisco Canaro.

LECHERÍA VILLA CRESPO
Al lado del famoso cine. Espacio de encuentro de jóvenes enrolados al partido comunista en los 30 y 40. Se jugaba dados y dominó mientras se animaban polémicas.

SAN BERNARDO
Con más de 20 mesas de billares y gran capacidad, fue sede de torneos y exhibiciones. El ajedrez no se quedaba atrás, y muchos de los concurrentes terminaron por fundar el Círculo de Ajedrez de Villa Crespo. En un palco elevado numerosos artistas y m sicos dejaron su huella, ahí nom s de la estatua de un San Bernardo que siempre algún chistoso quería montar.

LA PURA
Famoso en toda la ciudad por su “cortado”. Artistas y m sicos lo frecuentaban. Pero también los carreros que hacían un alto a desayunar camino del Mercado del Abasto.

LA VICTORIA
Tenía un área cubierta con billares y una vitrolera y pista de baile donde se organizaban concursos de tango con grandes premios. Al descubierto, La Glorieta, una enorme pista de baile con una gran parrilla famosa por sus chorizos y achuras. En invierno box y lucha libre aprovechaban el espacio. Actuaron all  Alberto Podest , Paquita Bernardo, Marrone, Don Pelele, entre otros.



Vista de Avenida Corrientes. AGN.

Edificio abandonado de la Curtiembre La Federal.



Julián Bordeu preside la recién inaugurada Biblioteca Popular San Bernardo (hoy Alberdi), 1910.



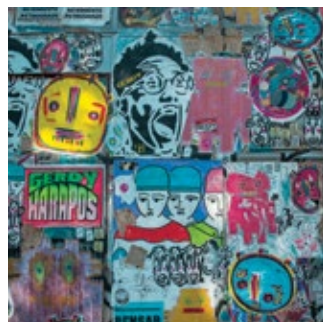
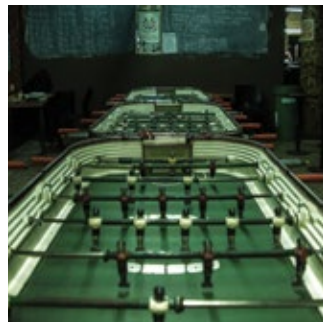
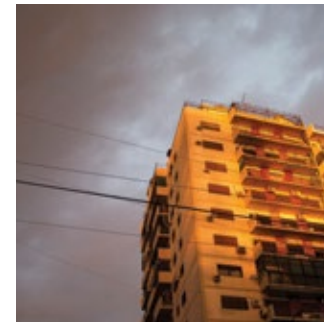
Libertad Lamarque, Lusiardo y otros festejan las 600 funciones del Conventillo de la Paloma, 1929.



Club Social Villa Crespo.



Agradecimientos

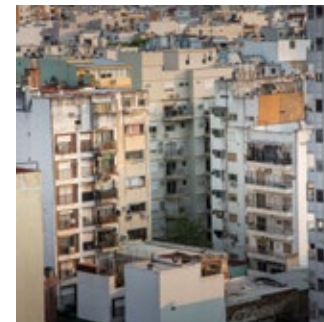


*Junta Central de Estudios Históricos
de la Ciudad de Buenos Aires*

Federación
(Personería jurídica C 1657583)



Junta de Estudios
Históricos de Villa Crespo



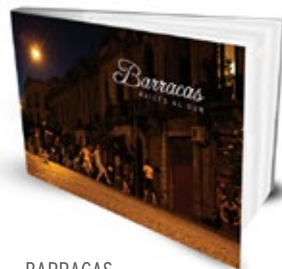
Agradecemos especialmente a Nelly Pareja y a la Junta Central de Estudios Históricos.
Al Archivo Enrique Puccia. A Dany y a Eduardo.
A todos los vecinos que colaboraron y acompañaron la realización de este libro.



Otras publicaciones de Rumbo Sur / descarga gratuita

BARRIOS Y VECINOS

Fortalecer la idea de barrio, recuperando desde la historia y el testimonio de los vecinos, el sentido de pertenencia que hace único a cada barrio porteño. Identidad y valores desde donde construir una mejor convivencia y propuestas de futuro.



BARRACAS



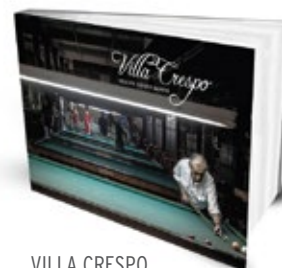
LA BOCA



SAAVEDRA



SAN TELMO



VILLA CRESPO

COLECTIVIDADES



ARMENIOS



IRLANDESES



GENTE DE TEATRO



SEMILLERO MURGUERO



GUÍA DE SERES
FANTÁSTICOS PORTEÑOS

CULTURA EN MOVIMIENTO

MUNDO QUINQUELA

La vida del gran artista y líder social que transformó su barrio para siempre. La Boca en un tiempo grandes artistas proletarios de la época. Ilustrado a partir de su vasto archivo personal.



EL HIJO DILECTO



EL CARBONERO PINTOR



SOÑAR LA BOCA



DE ARTE Y LOCURA

ASOCIACIONISMO



BOMBEROS DE LA BOCA

Visitá rumbosur.org y conocé nuestros trabajos
Más libros, videos y documentales.



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.instagram.com/rumbosurorg)



[/rumbosurorg](https://www.facebook.com/rumbosurorg)

DESCARGA
GRATUITA

Dirección de proyecto

Pablo José Rey

**Realización general,
entrevistas y fotografía**

Nicolás Purdía

Equipo editorial

Juan Manuel Lacalle

María Lucsole

Carlos Iglesias

Pablo José Rey

Archivo

Archivo General de la Nación AGN

Archivo Enrique Puccia

Junta de Estudios Históricos

del barrio de Villa Crespo

Diseño

Pablo José Rey

Purdía, Nicolás

Villa Crespo: seguirá siendo barrio / Nicolás Purdía; Pablo José Rey. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Asociación Civil Rumbo Sur, 2018.

96 p.; 17 x 24 cm.

ISBN 978-987-4474-06-3

1. Barrios. 2. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 3. Patrimonio Cultural. I. Rey, Pablo José II. Título
CDD 363.69



Thames y Triunvirato (hoy Corrientes). AGN.



Visita rumbosur.org y conocé nuestros trabajos
Más libros, videos y documentales.



Seguinos y participá de sorteos
[/rumbosurorg](https://www.instagram.com/rumbosurorg)



[/rumbosurorg](https://www.facebook.com/rumbosurorg)

Este libro ha sido descargado para uso personal. Prohibido su comercialización.

El títere
Jorge Luis Borges
Fragmento

Bailarín y jugador,
No sé si chino o mulato,
Lo mimaba el conventillo,
Que hoy se llama inquilinato.

A las pardas zaguaneas
No les resultaba ingrato
El amor de ese valiente,
Que les dio tan buenos ratos.

El hombre, según se sabe,
Tiene firmado un contrato
Con la muerte. En cada esquina
Lo anda acechando el mal rato.

Un balazo lo tumbó
En Thames y Triunvirato;
Se mudó a un barrio vecino,
El de la Quinta del Ñato.